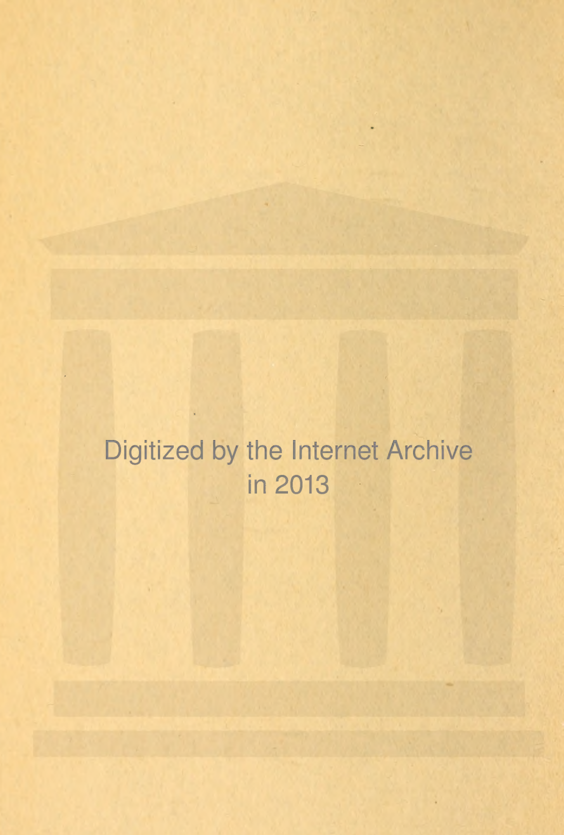

3 1761 09544670 4





ÁNGEL GANIVET, POETA Y PERIODISTA

ÁNGEL GANIVET, POETA Y PERIODISTA

BELLOS TRABAJOS DEL GRAN ESCRITOR

RECOPILADOS POR PRIMERA VEZ Y COMENTADOS

POR

MODESTO PÉREZ



MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1918

Madrid. — Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

GANIVET, POETA

EL REY DE LA ALHAMBRA

EL REY DE LA ALHAMBRA

— Padre, ¿quién es ese viejo
que está hincado de rodillas,
a la sombra de los arcos
de la Puerta de Justicia?
— Hijo, es un pobre que pide
una limosna bendita.
— ¿Cómo pide si no habla,
si a nadie sus ojos miran?
— No puede hablar porque es mudo;
habla su mano extendida;
ni puede ver porque es ciego,
mas su mano tiene vista.
— Entonces, ¿cómo no llora
lamentando sus desdichas?
— ¿Cómo, hijo, quieres que llore
si están secas sus pupilas? —

Pide el niño una moneda,
con la que al viejo socorre.
Besa el mendigo la dádiva
y en sus andrajos la esconde,
y otra vez la mano extiende,
que implora con mudas voces.
Esfinge de los deseos
inacabables del hombre,
estatua del infortunio
deshecha en tristes jirones,
imagen de la injusticia
de este mundo es ese pobre
que, arrodillado, en la Puerta
de la Justicia se pone...
El mendigo se levanta,
que siente venir la noche,
y hacia su retiro emprende
la marcha con paso torpe.
Dejando a un lado el Alcázar,
cerca de una vieja torre,
llegó a una muralla en ruinas
oculta entre zarzalones,
y por estrecha abertura
que hay en ella, entró y perdióse.

Sigue el padre con su niño
hasta la Puerta de Hierro.
Cuatro enterradores suben
por la Cuesta de los Muertos;
llevan al hombro un ataúd,
y, aunque les fatiga el peso,
como se acerca la noche,
caminan con pie ligero...
— Padre, si el pobre que antes
dejamos en su agujero
se muere y nadie lo sabe,
¿quién enterrará su cuerpo?
— Hijo, si el pobre se muere
y nadie sabe que ha muerto,
quedará allí hasta que en polvo
se desmenucen sus huesos.
Un Alcázar será tumba
de su mísero esqueleto;
y el que fué rey del dolor
tendrá, al fin, un panteón regio.

LOS GRAJOS

LOS GRAJOS

— Bajo este cielo pródigo en colores,
en esta vega diáfana, encendida,
dejemos, noble amigo, nuestra vida
pasar, gozando los tardíos amores.
Huyamos los estériles honores
y sea nuestra gloria, no fingida,
la rústica beldad, en la escondida
quietud de un pobre huerto entre las flores.—
Así dije, y mi amigo, señalando
una nube de grajos en el cielo,
me contestó con sentenciosa calma:
— Tarde nos llega el amoroso anhelo;
esa nube algo muerto está rondando,
y quizá esté lo muerto en nuestra alma.



UN BAUTIZO

UN BAUTIZO

Allá va la ronda
de las chicas guapas;
dicen que hay bautizo
en la Plaza Larga.

Cuatro farolillos
a la veneciana
alumbran, bailando,
la puerta de entrada.
Angosta escalera
nos lleva a una sala
de negra techumbre,
de paredes blancas.
Hay cuadros de santos
y escenas de caza,
y sobre la cómoda,
herencia sagrada,

un espejo que hace
la cara achatada;
los que en él se miran
se ríen sin ganas.
Llena de confites
la bandeja pasa,
los vasos de vino,
la sangría helada,
copas de aguardiente
que salta las lágrimas,
y para calmarse
la fresca alcarraza.

Pero vámonos al patio,
que aquí el calor nos abrasa.
Los inquietos bailarines
se sientan bajo las parras;
los bombitos de colores
suspendidos de las latas
obscurecen a las flores
que a los sarmientos se abrazan.
Ved aquella campanilla
cómo llora, mustia y lacia,
porque hay debajo un farol

que está, el infame, quemándola.
La reunión está muy sosa;
no se baila ni se habla,
porque los más se marcharon
a la parroquia cercana;
mas el cortejo de vuelta
venir debe ya a la casa,
porque se escucha a lo lejos
al rorro, que grita: «¡Gña..., gña...!»
Debajo de un cobertizo,
donde hay un pilón con agua
y el lebrillo de lavar
y el fogón de la colada,
se oye el süave murmullo
que hacen hablando en voz baja
unas cuantas muchachuelas
a la redonda acucladas:
—¿Es verdad que esa niñita
la han traído de la plaza?
— Dicen que vino de fuera
metida en una canasta...
— ¡Qué tonta eres, hija mía
— dice una más espigada —;
eso no es más que un embuste

con que tu madre te engaña!
La verdad yo os la diré,
que yo estoy bien enterada... —
¿Qué será lo que han hablado
en el corro las muchachas?
Ya saben lo que es ser madres
y aun llevan cortas las faldas.

El piano de manubrio
al aire sus notas lanza.
¡Qué polca más picaresca,
qué respinguillos da el alma,
qué cosquillas tan süaves
por el cuerpo arriba avanzan!...
Ya llegan al corazón,
ya las parejas se enlazan
y con grave contoneo
toman el compás y bailan...
Lindo pretexto es bailar
con la mujer que se ama,
para cogerla en los brazos
e irla meciendo con maña,
respirando de su aliento,
juntitas cara con cara.

Esa jaquetona
que rompió la danza
es de la criatura
la madre envidiada.
Ya ha tenido siete,
y dice con gracia
que a todos los santos
los celebra octava.
Y aquella del luto,
que los pies arrastra,
ya veis, por la calle,
que está adelantada...
Un nuevo bautizo
de aquí a dos semanas.
Y la morenilla
de la rosa blanca,
que apenas le llega
al novio a la barba,
va pensando ahora:
«Si yo me casara...»
La del cuerpo rosa,
casi reclinada
sobre el pecho ufano
del que la acompaña,

debe decir cosas
acarameladas
con sus palabritas
suaves y blandas.
La del elegante
cinturón de plata
(malas lenguas dicen
que es de hoja de lata),
lleva un balanceo
y unos aires gasta,
que decir parecen :
«Aquí va la nata
de las mozas crudas,
de las madres bravas.
Ya verán ustedes
criaturas saladas
cuando yo entre en fuego
con el que me baila.»
Viene detrás de ellos
una joven pálida;
sus ojazos negros
brillan como ascuas
sobre las cenizas
de su piel helada.

La pobre está enferma
y sus ojos cantan:

«Tengo una pena muy grande
escondida en mis entrañas,
porque me ha dicho un divé
que me han de enterrar con palma.»

— Pero, señores, ¿qué es lo que aquí ocurre?
— ¿Qué ha de ocurrir? Que una mozuela falta.
— Dicen que se ha fugado con su amante.
— La niña era bastante casquivana.
— La culpa es de la madre, porque el novio
se quería casar como Dios manda.
— Es que el novio es un pájaro de cuenta,
que vive de expender moneda falsa.
— Deberá de tener un nido oculto
y en él habrá escondido a la muchacha,
porque ya han recorrido medio barrio
y no llevan camino de encontrarla.
— Yo no sé cómo Dios pone en el mundo
criaturas tan sin pizca de crianza —
dice una joven que con una amiga
va bailando, mohina y despechada.

Y el cura, que también vino a la fiesta
y la preside hecho un patriarca,
al saber que los novios se han fugado,
dice, sonriendo, con piedad cristiana :
«Esto terminará en boda y bautizo,
y todo quedará mejor que estaba.»

¡Qué bonitos son los niños!
¡Qué alegrías traen tan plácidas!
Cada niño es un Cupido :
sus sonrisas son sus alas,
sus miraditas las flechas
con que el corazón taladran
de la mujer, infundiéndole
del eterno amor la llama.
Oíd la tosca voz del pueblo,
que ahora sube a mi garganta :

«Yo quiero mujeres
de caeras anchas,
que estas señoricas que hoy se están usando
no sirven pa náa.»

Albaicín risueño,
de amor atalaya,

haz que por tus calles y que por tus cuestas,
que a la ciudad bajan,
bajen tus mozuelas
frescotas y sanas,
y sangre nueva y vida generosa
a raudales traigan.

Ya vuelve la ronda
de las chicas guapas;
se acabó el bautizo
de la Plaza Larga.
Mas no vuelven todas,
una de ellas falta.

¡Qué serena está la noche,
y las estrellas qué claras!
Por las calles silenciosas
resuenan nuestras pisadas.

Enfrente los torreones
encantados de la Alhambra,
y allá abajo la ciudad
entre flores reclinada.

Sólo se escuchan los trinos
que amorosos nos regalan

los humildes ruiseñores
ocultos en la enramada.

También los pájaros tienen
amores dentro del alma,
y con sus dulces gorjeos
saben cantar a su patria.

Yo me llevé un ruiseñor
lejos, muy lejos de España,
y a cantar de mí aprendió :
«Quiero vivir en Granada.»



GANIVET, PERIODISTA

LECTURAS EXTRANJERAS

LECTURAS EXTRANJERAS

Con breve intervalo, la librería francesa ha dado a luz dos libros que, si difieren por su género y tendencias, producen análoga impresión: *Lourdes,* de Zola, el primero de los estudios que éste se ha propuesto publicar bajo el título general de *Las tres ciudades* (Lourdes, París y Roma), pretende ser un análisis de la fe moderna, un examen positivista de lo que los creyentes llaman milagros. *Jerusalén,* de Pierre Loti, continuación de su última obra *El Desierto,* es un relato de las impresiones recogidas por el original creador de *Madame Chrysanthème* en su viaje a los Santos Lugares, y trasladadas a su libro con la sinceridad de los que en punto a creencias se hallan en ese trance doloroso en

que se echa de menos la fe... y no se hace nada por recuperarla.

Quienquiera que movido por la curiosidad, no por la fe, haya visitado Lourdes, reconocerá la exactitud de la impresión general que se desprende de la obra de Zola : la entusiasta complacencia con que el autor reconoce la gran transformación que la fe de una muchacha ha producido en aquel obscuro lugarejo, hoy por ella convertido en sanatorio de los creyentes de todas las partes del mundo.

Mas pronto échase de ver que ese entusiasmo, diluído por toda la obra, nada vale en sí mismo, porque su causa es puramente material; no es la fe la que lo inspira, sino ese espíritu de progreso vulgar que se extasía ante las calles tiradas a cordel. La satisfacción de Zola difiere bastante poco de la que Paul Bourget manifiesta en su último estudio *Ultramar,* hablando de Chicago; bien que el engrandecimiento de Lourdes es obra de la fe, en opinión de Zola, y el de Chicago se funda en motivo bien prosaico.

Y es que los observadores del naturalismo y del positivismo suelen pecar de ordinariez y apre-

ciarlo todo demasiado cuantitativamente. Así, a este propósito, recuerdo que uno de los rasgos de la personalidad de Mr. Ireland que más entusiasman a Bourget es la extraordinaria actividad del gran predicador norteamericano, quien a veces, entre sermón y homilía, recorre algunos miles de kilómetros de ferrocarril.

¿Y qué diremos cuando Zola pretende explicar esa fe creadora, y declara, «enterneciéndose ante el calendario», según la frase espiritual de Mauricio Barrès, que esa fe es como un último refugio de los hombres que, hartos de ciencia vana, se agitan en medio de las confusiones de este *fin de siglo?* Cierto que algún caso se registra de fe con hartura de ciencia; pero lo normal y corriente es la fe de los sencillos de corazón, que, aunque levanta montañas, tiene que ver bastante poco con el ensanche de las poblaciones.

Sin ser ningún águila, se comprende que todos esos adelantos materiales que Zola atribuye a la fe (mal interpretada), han surgido contra la fe. La idea cristiana surge siempre en plena Naturaleza y es propiedad de todos; no está fuera del hombre, sino en el hombre; mas éste la concibe

como algo universal que nadie puede apropiarse, como el aire y la luz, que están, por fortuna, fuera del alcance de acaparadores y usureros. Enfrente de la idea cristiana está el ansia egoísta de la apropiación, el ruin combate por lo que la Naturaleza regala generosamente a todos.

¿Cómo infundir a las gentes la convicción de que esa Naturaleza es inagotable, de que, si tomamos de ella sólo lo necesario, habrá para todos y aun para que sobre?

¿Cómo conseguir esto si Jesús se vió precisado a repetir el milagro del pan y los peces, y aun así la Humanidad continúa haciendo constantemente provisiones por egoísmo, por desconfianza y por rutina?

Compréndese cómo en Lourdes la mística visión de la Bernardette hubiera ido propagándose y santificando en el espíritu de los creyentes todos los lugares bañados por aquel arroyuelo, transformado en un pequeño Jordán. Pero esta obra de la fe la desluce la mano del hombre.

Conmienza el tren por convertir el paraje de áspera peregrinación en lugar de recreo, al alcance de los innumerables *touristas* que viajan por

todas partes de *paso,* como si se encaminaran definitivamente a algún punto, y cuyas plantas todo lo vulgarizan y lo profanan. Luego, los mil explotadores del hombre establecen un cerco riguroso, dentro del cual la fe recoge sus alas y se esconde fugitiva, estrechada cada vez más de cerca por las groserías del mercantilismo irrespetuoso. ¿Cómo admitir que ese aparato de grandezas con que suele encubrirse la fe en nuestros días sea conforme al espíritu cristiano, cuando a las claras se ve que tiende, no a favorecerlo, sino a explotarlo? Podría llamarse creadora la vieja fe que erigía monumentos sin idea de lucro y los construía para que permaneciesen eternamente. ¿Pero qué es lo que crea esta fe de hoy, a cuya sombra surgen obras de relumbrón, que se van renovando de tiempo en tiempo mientras dura el entusiasmo del público? Una de las pruebas de la secreta hostilidad de nuestro tiempo contra la fe está en las apariencias, que hacen pasar por creaciones devotas lo que es simplemente obra del comercio, amparado bajo la capa de la religión para explotar a los verdaderos creyentes.

Que este fenómeno es general se deduce de la lectura del otro libro que antes citaba: *Jerusalén*. No obstante el radical escepticismo de Loti, su libro contiene más de una lamentación sobre las profanaciones vistas y oídas por él durante su viaje por Tierra Santa. Para un alma religiosa, este viaje debe ser un vía crucis, a menos que la creencia no ciegue los ojos y ensordezca los oídos del creyente.

¿Qué crueldad mayor que subir a Belén y encontrar en primer término los coches de la Agencia Cook, que transportan los viajeros como fardos; una porción de hoteles a estilo europeo frente a la iglesia de la Natividad, y algún rótulo en francés donde se lee: «Fulano de tal, fabricante de artículos de devoción a precios reducidos?»

Compréndese que Loti exclame con sinceridad: «¿Por qué hemos llegado hasta aquí? ¿Por qué no nos volvimos al desierto esta mañana, cuando desde el fondo de los valles, Belén, todavía dulce y misterioso, nos pareció?»

Por todas partes el espíritu moderno, en cuyo fondo anida el mercantilismo más despiadado,

va sentando sus plantas como el caballo de Atila. Y mientras los teorizantes de buena fe distraemos nuestros ocios discutiendo sobre estas o aquellas ideas, la última generación de aquellos mercaderes que Jesús, abandonando su habitual mansedumbre, arrojó del templo a latigazos, se extiende por todas partes y hace guerra sorda a la idea cristiana, cercándola y estrechándola entre los lazos de los intereses más egoístas. Contra esta turba innumerable levantan su voz no sólo los que creen, sino aun los que lamentan la fe perdida, como el mismo Loti, de quien son estas palabras: «¡Oh fe bendita y deliciosa!» Los que dicen: «La ilusión es dulce, pero es ilusión y hay que arrancarla del corazón humano», son tan insensatos como serían los que suprimiesen las medicinas que calman y adormecen el dolor, so pretexto de que su influjo debe cesar en el momento de la muerte...

París, octubre de 1895.



SOCIALISMO Y MÚSICA

SOCIALISMO Y MÚSICA

Cuando yo conocía sólo de oídas estos grandes laboratorios de socialismo del centro de Europa y pretendía explicarme por qué en España no existen tan fuertes núcleos socialistas como en Francia, Alemania y Bélgica; razonando, poco más o menos, como todos los españoles, sacaba a relucir los argumentos de siempre: el individualismo de la raza, que repugna todo género de asociación y toda tendencia colectivista; la conservación de algunas tradiciones gremiales en el trato entre obreros y patronos; el fondo democrático de nuestro carácter; la mejor condición de nuestra clase obrera; su atraso en cierto género de cultura, etc., etc. Lugares comunes que, en fuerza de demostrar mucho, vienen a no demostrar nada.

Para comprender el socialismo no hay más que entrar en una de esas grandes fábricas donde el obrero trabaja en combinación con los aparatos mecánicos. ¡Oh dulce esclavitud y dulcísima servidumbre que, a cambio de algunos latigazos, dejabais la libertad de mover los miembros! El forzado que remaba en las antiguas galeras me parece más libre que, por ejemplo, el tejedor incrustado en su telar y moviéndose acompasadamente con él durante doce o catorce horas. Cuando alguno de nuestros obreros que se lamenta de ganar diez o doce reales de jornal oiga decir que hay obrero inglés que gana veinte o veinticuatro y se come diariamente un kilo de carne, que no sienta envidia y que diga por todo comentario: «Con su pan se lo coma.»

Parécenme, pues, ridículos los apóstrofes de aquellos oradores liberales que claman por la pérdida de la libertad «a tanto precio conquistada».

Allí donde haya un hombre verdaderamente libre, no haya miedo de que se deje esclavizar ni por la fuerza de las armas ni por la fuerza de las reglamentaciones.

En el último Congreso socialista de Breslau ha estado a punto de romperse en dos el socialismo alemán. ¿Por qué? Porque no viendo medio hábil de propagar las doctrinas colectivistas entre los obreros agrícolas, el jefe Bebel proponía que se aceptase como excepción la pequeña propiedad agrícola.

La idea fué rechazada, y el socialismo seguirá siendo, como hasta aquí, colectivista puro, y la población rural continuará luchando por adquirir el pequeño pedazo de tierra, que es como el símbolo de la libertad natural de que gozan los que tienen la dicha de vivir al aire libre y de respirar con toda la fuerza de sus robustos pulmones.

El hombre libre de hecho, no en la Constitución y las leyes, sino en la vida práctica — y acaso sean hoy más libres que los ciudadanos de repúblicas y monarquías más o menos constitucionales, los súbditos rusos, turcos o marroquíes, que yacen bajo el poder de un déspota —, no es ni se concibe que sea socialista. Sólo la dura ley del vivir, mediante un trabajo cada día más esclavizado, lleva al hombre a concebir la sociedad

como una gran industria, de la que es como modelo la fábrica, la explotación en que él, con otros cientos o miles de obreros, colabora no ya como un hombre, sino como una fuerza. El hombre es libre mientras es dueño del instrumento de trabajo. Cuando es la máquina la que manda y el hombre el que obedece, el trabajo es socialista, y el obrero también lo es.



En España existe el socialismo en menor escala que en otras naciones, porque el desarrollo de nuestra industria es también menor, e irá creciendo conforme vayamos progresando en este sentido. Mas sin salir del momento actual, puede asegurarse que el número de socialistas españoles es mayor del que figura en la política activa, y que, más que fuerzas, lo que falta es organización. Así se da el caso de que asistan a una asamblea 2.000 ó 3.000 socialistas, y algunos días después no se cuente con uno solo.

Para dar a masas numerosas una organización durable es preciso proponerse un objeto que sea

asimismo durable. Nada más disparatado que pretender que varios hombres se mantengan unidos con un fin exclusivamente revolucionario: pasa el tiempo, la revolución no llega y la compañía se deshace; las profecías a corto plazo, útiles para enardecer los espíritus durante unos días o unas semanas, no sirven para organizar partidos permanentes. Así lo han comprendido los socialistas belgas, que pueden servir de tipo en Europa. Así como el movimiento se demuestra andando, ellos demuestran la verdad del socialismo asociándose, y para ello se proponen fines útiles que ayudan a pasar el tiempo mientras llega el día del triunfo, y que de camino sirven para la propaganda y para realizar algunas de sus aspiraciones compatibles con el actual orden de cosas; de suerte que, yendo hacia el ideal, que nunca llega, se realiza cuanto hay de sensato, de justo, de posible en la doctrina socialista.

Son conocidas las Sociedades de cooperación de varias clases, algunas de renombre universal, como el *Vooruit,* establecido aquí en Gante y dirigido por Anseele, la cabeza visible del socia-

lismo flamenco. Diré, pues, algo de la Asociación artística, que me parece más útil para los fines del socialismo.

Para fundar un Círculo socialista, nada más acertado que darle como objeto permanente el cultivo del arte musical. Podría servir también el arte dramático, la Pintura, la Poesía, etc., etc.; pero estas artes no están al alcance de todo el mundo : requieren cierta selección o un número determinado de individuos. El arte musical exige poca preparación y pocos gastos. Muy pronto se aprende a soplar en cualquier instrumento de viento o a cantar al oído un himno popular, y en una *fanfare* o un orfeón no hay inconveniente en que colaboren algunos artistas de más o de menos. La Música es arte democrático.

Hace algunos años vi yo pasar por primera vez por los *docks* del puerto de Amberes una *fanfare* numerosa, precedida por brillantes luminarias y seguida por patrullas de trabajadores. Eran los socialistas, que después he encontrado en numerosas ocasiones. Cuando la notable cabalgata del Laudjuwel, recuerdo que siempre cerraban el desfile con su música, llevando al frente

una bandera, en que se leía: «El mejor Laudjuwel es el socialismo.»

En esto como en todo, hay grados: desde la murga embrionaria, que siempre toca la misma pieza, y no muy bien, hasta la orquesta, la música de Wagner. ¿Qué importa la mayor o menor habilidad cuando lo esencial es desahogarse? Y no todo se reduce a estas manifestaciones exteriores. Léase un periódico socialista, y se tropezará a seguida con largos catálogos de obras de Música y Canto, todas con títulos socialistas, para todo género de instrumentos y a cinco o diez céntimos la pieza. Se nota en el socialismo el deseo vehemente de dignificar el Arte, para sobrepujar en este concepto a la burguesía, que, a la verdad, suele cuidarse más de ganar dinero que de *idealismos* que nada producen.

Y como no todos pueden disfrutar del Arte a la manera del que va a que por su dinero le diviertan los artistas de oficio, hay que concertarse y ser un día actor para ser otro espectador.

Quizás ese trabajador que hoy se sienta a una mesa en la Casa del Pueblo para saborear un

mal bock, sea mañana el que toque el cornetín, y pasado el que vaya de mesa en mesa sonando la alcancía donde se lee en flamenco y francés: «Blinde, aveugles» (limosna para los ciegos).

El más grande artista dramático que ha producido la Flandes, Maeterlinck, no ha encontrado aquí adhesión más sincera que la de los socialistas. La revista de arte más independiente y original es obra del senador socialista Picard; y ya que he citado antes a Wagner, diré que los socialistas le rinden culto ferviente y hacen resaltar que no sólo fué un revolucionario socialista y aun anarquista, sino que en sus obras existe un sentido oculto, un esoterismo socialista. Así, la leyenda de *El Anillo de los Niebelungos* encierra la condenación de la propiedad individual, simbolizada en *El Oro del Rhin,* de que se forma el funesto *anillo,* cuya posesión acarrea tan trágicos males.

*
* *

No hay como el Arte para mantener la cohesión de las masas. En él todos pueden ser útiles, todos encuentran el puesto debido a sus aptitu-

des. Si surgen enconos, son siquiera más nobles que los que produce la lucha por el dinero. Sin contar con que la elevación de uno no lleva consigo el descenso del otro: el Arte no es, como la tierra, una cantidad fija que, poseída por algunos, ya no puede serlo por los demás. Por tales caminos se ha podido llegar a esa admirable organización de fuerzas que responden a una voz —y lo que es más notable, a la voz del orden—, hasta el punto de que en un distrito donde haya cincuenta mil socialistas llega un día de elección y resultan cincuenta mil votos socialistas.

Y al llegar a este punto, algún amigo mío, más interesado en acusarme de socialista que yo en rechazar su acusación, me dirá que al defender esa organización musical del socialismo, tan fecunda en resultados, estoy haciendo obra de propaganda. A lo cual yo contestaré que estos procedimientos son empleados igualmente por los Círculos de obreros católicos, que aquí en Bélgica han venido a restar fuerzas al socialismo, y que en España se están fundando para impedir que esas fuerzas se sumen.

¿Qué peligro habría en que nuestros socialis-

tas, muchos o pocos, formaran un orfeón o una banda de música y se asociaran, aunque fuese en actitud de protesta, a todos los regocijos o calamidades de la comunidad? Dado que nuestra sociedad haya de engendrar descontentos, ¿no es mejor que los malos humores se escapen en notas de música, o si se quiere en dramáticos acentos, que no en frases descompuestas o en actos salvajes?

Ningún daño grave puede venir de una fuerza organizada, y todo hay que temerlo de esas energías dispersas que parecen no existir y que en los momentos críticos salen a la superficie y arrasan todo cuanto encuentran al paso. El triunfo electoral del partido socialista, que aquí en Bélgica es probable o posible, no sería el principio del fin, como muchos creen o hacen creer, sino que se reduciría al establecimiento de algunas reformas razonables, como el salario mínimo, las ocho horas de trabajo, la jubilación con carácter general — ¿por qué han de disfrutar de ella sólo los funcionarios? — y otras por el estilo.

Los patronos que cumplen honradamente sus

deberes no deben perder de vista que hay otros que, poseídos por un afán excesivo de ganancia, han menester del correctivo de la ley. He leído en una estadística que algunas casas holandesas y alemanas han introducido el año anterior en África, sólo en la región entre el Niger y el Congo, medio millón de hectolitros de alcohol. Si los Gobiernos no interviniesen, nos quedaríamos sin raza negra. Se habrá prohibido la trata de negros para que cuatro industriales los tengan más a mano para destruirlos. Y entre los blancos citaré, entre mil, este hecho, que presencio todos los días y de que son víctimas muchos de nuestros compatriotas emigrados en América, que, faltos de trabajo y recursos, vuelven a España: aun en tan desastrosa situación, hay gentes capaces de explotarlos, que los embarcan en buques que conducen ganado a Europa, mediante ciertos ofrecimientos, y que, después de tratarlos como a los animales que vienen encargados de cuidar, los abandonan, sin pagarles, en el primer puerto a que arriban, donde, sin la caridad pública, morirían de hambre y sin encontrar siquiera con quien entenderse. ¿No sería justa una ley de sa-

lario mínimo, que, sin necesidad de contrato expreso, obligase a tales bandidos a pagar el salario de que a mansalva se aprovechan? Bella es la ley de la libertad de la oferta y la demanda, pero que rija sólo entre los hombres de bien.

Gante, noviembre de 1895.



ARTE GÓTICO

ARTE GÓTICO

Recorriendo estas provincias de Flandes, donde tan fijas huellas se conservan aún del viejo espíritu español, llégase a una ciudad maravillosa, a Brujas, la Toledo flamenca, metrópoli comercial de los Países Bajos cuando la Hansa teutónica se hallaba en el apogeo de su poder, rincón olvidado durante mucho tiempo, y descucubierto para la gran masa del público, con el título hoy popular de *Brujas la muerta,* por un distinguido escritor brujense, Georges Rodenbach.

Para los amantes del Arte, una ciudad que como Brujas aparece fundada y compenetrada con eternos e indiscutibles ideales, es grande en su prosperidad y más grande aún en su decadencia, en la cual se destaca con mayor brío lo

perenne de entre las cosas pasajeras, lo bello, que siempre es, de entre los vanos esplendores materiales que se fueron ya y de los que sólo resta un penoso recuerdo. ¡Gran lección para las naciones que se envanecen hoy con la abundancia de sus capitales y la extensión de sus redes de ferrocarriles, telegráficas y telefónicas, y que acaso en el porvenir no dejen otro recuerdo que el de sus prolongadas digestiones!

Así como en Burgos o Toledo se percibe con más claridad que en los libros de Historia lo que fué en su más profunda esencia el espíritu cristiano, y en la Alhambra lo que fueron nuestros dominadores árabes, en Brujas se adquiere como por intuición cierta idea de *goticismo,* que para algunos observadores será quizás la misma que aprendieron en las historias del Arte, pero que para mí ha sido algo nuevo que no sé si sabré explicar. Mas entiéndase que este concepto no lleva pretensiones doctrinales, ni contradice siquiera otros conceptos diferentes.

Si varios artistas estudian un mismo modelo y en cada uno el modelo resulta diversamente interpretado, no es justo considerar uno sólo como

tipo y por él juzgar los demás. Los juicios deben ser independientes, porque los puntos de vista lo son; y si una obra nos parece superior porque el artista ha cogido el aspecto más sugestivo de la cosa y lo ha representado con mayor habilidad técnica, no debemos rechazar en absoluto las demás.

Para la generalidad, arte gótico quiere decir arte cristiano, y contraponen éste al arte pagano. De aquí un santo horror al Renacimiento, que los puros ortodoxos no han podido aún vencer. Yo comprendo una ciencia cristiana sometida a la religión, pero no comprendo más arte cristiano que el litúrgico. Que los creadores del arte gótico fuesen cristianos o se inspirasen principalmente en las ideas cristianas y en los asuntos religiosos, no autoriza para sostener que el arte gótico sea obra del cristianismo: ha habido otros artistas cristianos que han representado los mismos asuntos y las mismas ideas en formas artísticas diferentes, sin contar los que en ambos grupos han tratado asuntos profanos. ¿Es más cristiana la pintura de Van Dyck que la de Rubens, o la de Murillo que la de Velázquez?

Igualmente pecan un tanto de sistemáticos los que, como Taine, en su *Filosofía del arte de los Países Bajos,* encuentran aquí la representación del realismo para oponerlo al clasicismo italiano. Paréceme arbitrario suponer que estos artistas se inspirasen en la realidad, ya sea por obediencia a los principios de una estética, ya por exigírselo así su peculiar temperamento. A un notable crítico, mi amigo, que defiende con calor la idea de que el goticismo representa la universalidad del Arte, algo así como un arranque vigoroso para representar todas las cosas idealizadas por el soplo espiritual del Evangelio, decía yo que estas invenciones, que, aplicadas al Arte en nuestros días, han engendrado el pesimismo extraño de Carlyle, el gran autor de *Hero Worship* y *The French Revolution,* y de su discípulo Emerson, son demasiado artificiosas para que sean verdaderas.

Yo veo el arte gótico como un arte primitivo, infantil, si así puede decirse, y le comparo, salvada la diferencia de tiempo y de medio, con el arte primitivo de cualquiera otra raza, con el de la India, Egipto o la misma Italia. Las rivalidades

locales se complacen en discutir, por ejemplo, si la escuela de Brujas debe más o menos a la de Colonia, si Memling es alemán, si tal cuadro pertenece a Van Dyck o a uno de sus discípulos, etc. Pero lo interesante es notar cómo, perdida por un tiempo la tradición clásica, el fondo ideal que vive perpetuamente en el hombre comienza a despertarse y se dispone a recorrer paso a paso todo un ciclo artístico en toda la variedad de las formas del Arte.

Lo mismo en el cuadro de dibujo monstruoso, que en la grosera escultura, que en la monótona y apelmazada poesía, que en la farsa brutal en que los actores son payasos, encontramos el embrión de un arte nuevo manejado por manos infantiles, que sin discreción, sin gusto y sin medida amontonan cuantos materiales se ofrecen, sin conceder mucha mayor importancia a unos que a otros. Esta tendencia a mezclarlo todo, que hace que a veces topemos con obras de arte que parecen museos de Historia Natural, es propia de todo arte primitivo, cuyo primer esfuerzo se encamina a adquirir la habilidad técnica por medio de la representación de cuanto

existe. Y la evolución del Arte en cada pueblo ha consistido en la eliminación de los elementos menos bellos, hasta llegar, en alas del egoísmo, que rige, como en todo, en la Estética, a la representación exclusiva del hombre. Grecia ha quedado como tipo de esa divinización de los héroes y sus pasiones; pero en todas partes el resultado fué igual. En la India también se concluyó con el drama y la epopeya, y en Egipto, donde el Arte no perdonó animal ni aun vegetal, el siglo de oro ha legado como obras definitivas las estatuas de los Faraones.

Cada arte particular difiere de los demás, en su principio, según el mayor o menor desarrollo del espíritu del pueblo artista, y en su evolución, según las influencias que la favorecen o la contrarían. El arte gótico aparece con tal madurez de espíritu, que llega a dominar las torpezas de la forma y a producir, a pesar de ellas, la impresión del arte acabado, de igual suerte que un niño precoz asombra si a los diez años expone, aunque sea con expresiones infantiles, ideas y juicios que a los veinte nos parecerían naturales. Más que todas las vírgenes de Murillo me ha impresio-

nado una virgen gótica con cabeza de gigante y cuerpo de enana y cuyo seno se muestra desnudo con honestísimo desembarazo. Quien la pintó no había llegado a la cima del Arte, pero era puro de corazón y sabía representar la pureza en la carne sin estudiados recursos. Este arte es como agua que brota del manantial y que gusta beber en el hueco de la mano.

No es posible calcular adónde hubiera llegado el arte gótico a no interponerse el Renacimiento; yo confieso que los artistas que más resistieron su influencia y se mantuvieron con más fidelidad en la tradición gótica me parecen superiores, dentro de la escuela flamenca, a los que se dejaron arrastrar por la corriente. Lo más típico se encuentra en Teniers, en Ruysdael y en el maravilloso Rembrandt, en quien, a no dudarlo, y a pesar de la gigantesca obra de Rubens, el arte de los Países Bajos llegó a su más alta y característica expresión.

Pero es una flaqueza invencible del hombre apresurarse a cambiar sus propias ideas por otras que le parecen más elevadas, sin considerar la gran distancia que media entre la evolución na-

tural del propio pensar y sentir y la evolución a saltos por medio de la imitación de modelos superiores. Acaso toda la historia del Arte en el porvenir está condensada en la repetición de ese fenómeno : aparición de una tendencia original que desde su forma rudimentaria salta a la perfección suma mediante un nuevo Renacimiento, una nueva evocación de lo eterno clásico, perpetua fuente de vida, de monotonía y de muerte.

Aunque parezca arriesgar una herejía, diré que el arte primitivo flamenco, como cualquier otro arte primitivo, sin excluir el de Italia, es superior al del Renacimiento clásico, en el sentido en que una nueva creación, aunque imperfecta, es superior a una evocación.

Si el hombre no ha de abdicar sus facultades creadoras y no ha de justificarse en la contemplación de lo que fué, es preciso que, venerando el arte clásico, prescinda de él y se abandone con confianza a sus propias fuerzas, para ver si aun es posible crear algo original en el mundo.

Por esto yo entiendo, al revés del modo co-

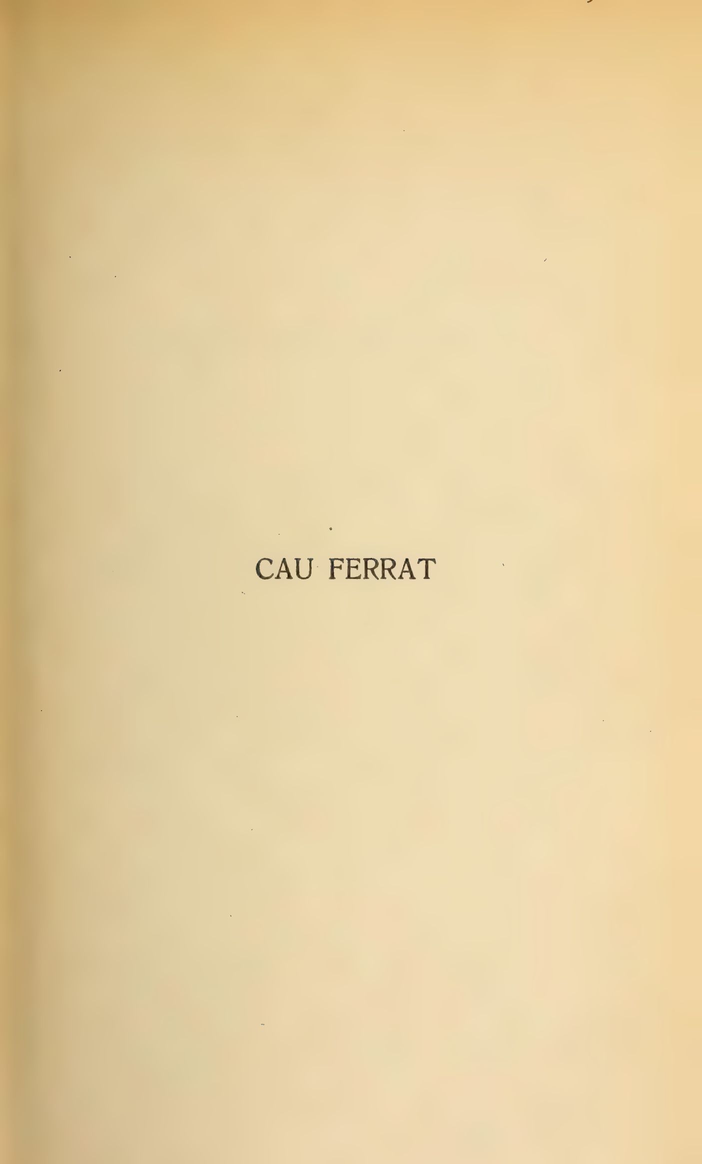
rriente, la evolución del arte gótico, y me parece una triste abdicación la de estos artistas de genio que, capaces de osarlo todo con su solo esfuerzo, levantan el vuelo hacia Italia, de donde traen, con la perfección de la forma, un arte exótico e introducen un principio de discordancia que rompe la unidad de concepción en las sucesivas obras del arte patrio. Se hace sensible la influencia en Quintín Matsys, el herrero, que por amor a la hija de Floris se convirtió en artista, según reza su leyenda *(Amor e mulcibre fecit Apellem),* y alcanza su máximo desarrollo en Rubens, en quien ya no se encuentran ni sombras del delicado espiritualismo de la escuela, substituído ahora por la plétora de fuerzas y la pompa teatral.

Y lo sensible es que el mal ejemplo ha cundido y que aun se continúa aquí y en otras partes enviando a la juventud artística a formarse a Italia, con lo cual estamos condenados — para emplear una frase muy expresiva y muy usada en la vega granadina—a no salir de los cuatro marjales.

¿Cuándo llegaremos a convencernos de que el

interés del Arte no exige que nos copiemos eternamente los unos a los otros, y cuándo tendremos fe en que no hay rincón del mundo indigno de recibir la visita del verbo de la belleza?

Brujas, noviembre de 1895.



CAU FERRAT

CAU FERRAT

Sitges arde en fiestas. El ruido es ensordecedor. Para el que, huyendo de la ciudad, llega a estas arrinconadas playas en busca de quietud y silencio, la primera impresión es algo desapacible. Pero no haya cuidado: no hay ruido de tranvías, ni fábricas, ni silban grandes vapores al entrar o salir del puerto. La agitación de Sitges es inútil, y como inútil, alegre y graciosa. Son los atronadores *morterets* y el *enventament de las campanas,* que anuncian la *festa major de San Bartamen;* los terribles gigantones, las comparsas o mojigangas que recorren las calles tocando y bailando, con bastones, cintas y látigos: los mismos diablos del infierno, que van sonando la lata atronadora y arrojando fuego por los cuatro costados.

Entre estas diversiones populares, sencillas por el sentimiento que las inspira y arraigadas por los colorines con que se adornan los músicos y danzantes, y entre varios festejos más o menos convencionales y de relumbrón, sorprende al forastero una inesperada ceremonia : la de señalar el sitio en que ha de emplazarse la estatua del gran artista Domenico Teothocópuli, *el Greco*. Comprenderíase sin esfuerzo una estatua a algún personaje que se hubiera inmortalizado trabajando por la concesión de un trozo de carretera; mas no deja de sorprender que un pueblo de 4.000 habitantes haya reunido cerca de 2.000 duros para erigir un monumento a un artista que nunca pasó por Sitges, ni siquiera nació en España. Ocurre pensar que «ese garbanzo no se ha cocido en este puchero», y así es la verdad, puesto que la idea ha nacido en el *Cau,* que aunque está en Sitges, es el núcleo artístico más activo y más vigoroso de Cataluña entera, el santuario del *modernismo* español.

A poco que estéis en Sitges sabréis, si ya no lo sabíais, que *Cau Ferrat* organizó, en tal fecha, una representación de *La Intrusa,* de Maeterlinck;

en tal otra, una procesión para recibir con palmas y olivas los cuadros del Greco, o bien una representación de la ópera *La Fada*, del maestro Morera, o una fiesta literaria, a la que concurrieron los más notables literatos de Cataluña y de la que quedó un libro precioso. Y ahora, para la inauguración de la estatua del Greco, en la que trabaja un escultor de talento, Reynes, proyecta una exposición de todas las obras del insigne pintor que puedan reunirse y la representación de una tragedia griega en coros. Para estos nobles empeños, Sitges presta su cuerpo gracioso, su playa luminosa, su airoso paseo de palmeras, sus calles blancas como la espuma del mar; pero el espíritu viene de fuera y anida en el *Cau Ferrat*.

¿Cómo se ha llegado a este curioso fenómeno de sugestión de todo un pueblo por un grupo de artistas, y más que por un grupo de artistas, por un solo hombre de arranque, por Santiago Rusiñol?

Acaso entre por mucho o por algo el interés, el ansia de prosperar, el convencimiento de que estos artistas, trabajando por el Arte, trabajan in-

directamente por el pueblo donde han buscado asilo; pero también hay algo, y mucho, de entusiasmo desinteresado, como lo hay siempre por todos aquellos que trabajan mucho y no piden nada.

¡Estamos ya tan hartos de sufrir a los que no trabajan nada y piden mucho!

El *Cau Ferrat* nació hace algunos años en Barcelona, en una reunión de artistas. Rusiñol era muy aficionado a coleccionar hierros viejos, y los amigos nombraron al pequeño conclave *Cau Ferrat,* madriguera de hierro, caverna férrea o algo por el estilo, pues con entera exactitud el nombre es intraducible, por el sabor arcaico que en catalán tiene.

No hace mucho apareció en Granada una Asociación peripatética, amante del Avellano y de beber a grandes dosis sus aguas salutíferas. *Cofradía del Avellano* la llamaron algunos, y así, en broma, la Cofradía ha empezado a dar algo de sí. ¿Y quién sabe lo que, andando el tiempo, podrá hacer si el círculo se ensancha y la cohesión y la fuerza no disminuyen? Algo por el estilo debió ser en sus comienzos el *Cau Ferrat*. Luego

vino Rusiñol a Sitges, se prendó del pueblo, compró una casilla en una calle *por donde no pasa nadie,* según me dijo una señora vieja de aquí, y construyó su iglesia, porque el *Cau* no se parece a nada, pero a lo que más se parece es a una iglesia, a una de aquellas iglesias que hubo en el mundo cuando la religión era familiar y los jefes de familia eran a la vez padres y sacerdotes, y tenían sus altares a un andar con la cocina y la alcoba.

El *Cau Ferrat* es, en cuanto casa, una casa pequeña y sencilla por fuera, y espaciosa y complejísima por dentro. Es una casa donde se podría vivir, pero donde no vive nadie. Ha sido ideada por Rusiñol, y en ella se combinan mil rasgos personales del constructor con los rasgos característicos del arte gótico catalán; pero lo interesante no es el edificio, aunque en él deba admirarse la propiedad con que se ajusta a su objeto, como vestimenta de un actor que sabe sentir y representar extraordinariamente los personajes que crea. Lo que más interesa en el *Cau Ferrat* es la sugestión que ejerce sobre el que lo visita y lo comprende, la combinación artística

que allí ha formado Rusiñol, amplísima, sin dejar de ser personal, con las obras que él hace o admira, o posee por puro capricho.

Lo que predomina es el hierro, y entre tantos hierros artísticos, la colección inacabable de aldabas. ¿Será esto una alusión férrea y humorística a la necesidad que hay de tener *buenas aldabas* para prosperar en este mísero mundo? Pero no se crea que el hierro, por ser allí abundante, es lo esencial. Obra sólo como fortificante y da a entender que allí hay fuerza. Tenemos necesidad de hierro en la sangre empobrecida, y muy principalmente en nuestros anémicos cerebros; hay que ver hierro y fortalecerse por la contemplación y la sugestión, o, como hacen los bebedores del Avellano, beberlo en la fuente Agrilla.

¡Y pensar que esto lo hacemos inconscientemente! ¡Oh saber admirable del instinto!

El *Cau Ferrat* no es un museo ni una exposición : es un estudio donde Rusiñol guarda sus cosas y las de Casas y demás amigos que con él comulgan, y estos amigos no están obligados a someterse a ningunas reglas de Preceptiva; están,

sí, obligados a hacer las cosas bien y a hacerlas sólo por el Arte, con amor y entusiasmo. Hay aquí, sin duda, algo que viene directamente de París : impresionismo, y simbolismo, y toque de decadentismo. Esto alarma a los que comprenden estas palabras de una manera estrecha y ridícula; esto hace pensar a algunos que los jóvenes del *Cau Ferrat* son unos desequilibrados, que vuelven a España echados a perder por la vida del bulevar. A los que tal piensan, les extrañaría encontrar en el *Cau* más imágenes que en una iglesia; y la sala alta parece la nave de un templo: las obras de Santa Teresa sobre un atril de hierro, y en el lugar de honor dos cuadros del Greco : *San Pablo y La Magdalena.* Al lado de cuadros o apuntes que son *le dernier cri* del arte parisién, hay muchas joyas viejas y venerables de los grandes maestros. Y la impresión clara que de todo se desprende es que el *Cau* intenta dar un nuevo impulso a nuestro arte, utilizando los procedimientos de las nuevas varias tendencias que por todas partes despuntan, y apoyando los pies para hacer este esfuerzo en lo más genuinamente español : en el misticismo.

El *Cau Ferrat* acude a todas las artes, y raro es no encontrar en Sitges, al lado de pintores, literatos, músicos, escultores, actores y cantantes. Rusiñol, en particular, es un espíritu inquieto y capaz de acometer todo género de empresas. Es algo músico, es pintor notabilísimo—y en este aspecto es en el que se le conoce más en España—, es escritor fecundo y autor dramático. Pronto representarán aquí dos obras suyas escénicas: *Los caminantes de la tierra* y *La alegría que pasa,* con música de Morera. Como escritor tiene algunos libros que marcan una personalidad literaria. *Anampalmon yendo por el mundo* es una colección de artículos y algunos discursos leídos en Sitges, en los que se descubre un temperamento espiritualista y soñador, a la vez que una gran perspicacia para observar y recoger tipos de la vida vulgar. Sus *Oraciones,* admirablemente ilustrados por Utrillo, son cánticos en prosa poética a todas las creaciones de la Naturaleza y del hombre, entre los que descuellan los que consagra a las obras de arte. *A las Pirámides, Las Catedrales góticas, A la Alhambra,* tienen conceptos de extraordinaria y poética grandeza.

Aunque de ordinario escribe Rusiñol en catalán, por dominarlo más a fondo, tiene también obras en castellano, y en la actualidad corrige las pruebas de sus *Impresiones de Arte.* Entre los artículos de este volumen hay muchos dedicados a Granada, de la que Rusiñol habla siempre con cariño. Rusiñol es el pintor de nuestros cipreses, el devoto de la melancolía de nuestra ciudad. Cuando vuelva a ella, que será muy pronto, yo confío en que mis buenos amigos de ahí le harán ver, para su satisfacción, que la juventud de Cataluña no es la única que trabaja con entusiasmo y desinterés por el Arte.

Sitges, agosto de 1897.

LA PINTURA ESPAÑOLA JUZGADA EN EL EXTRANJERO

LA PINTURA ESPAÑOLA JUZGADA EN EL EXTRANJERO

En la sección inglesa de la nueva e importante revista internacional *Cosmópolis,* he leído un notable artículo con el título de *Spain at the New Gallery,* que publica Mr. Charles Whibley, para exponer una vez más el alto concepto que la crítica inglesa ha formado sobre nuestro arte pictórico, del cual ha sido intérprete la primera en Europa. Las ideas de Mr. Whibley, sin dejar de ser personales, reflejan una opinión bastante generalizada, y por esto me parece oportuno divulgarlas.

Ya que no nos preocupemos por darnos a conocer nosotros mismos por exceso de modestia, sepamos al menos lo que piensan de nosotros nuestros descubridores. Porque en España se

hacen a diario importantes descubrimientos, de los que no nos enteramos los españoles a causa de la gran distancia espiritual a que estamos de Europa.

No es esto decir que estemos por debajo ni por encima; estamos lejos; no somos todavía como los demás. Por esto Mr. Whibley dice al comenzar su artículo que la frase de Dumas «El África empieza en los Pirineos», es exacta, no en el sentido de que formemos parte del África, sino en el de que nuestros tipos y paisajes son extraños, absolutamente distintos de los de Europa. En cuanto a cultura, a pesar de nuestra decadencia actual, quizás a causa de ella, bien se nota por mil trazas aparentes que hemos sido teatro de muchas civilizaciones; que pecamos por viejos, no por *parvenus*. Las ciudades que más le interesan son Granada, a la que llama, como de costumbre, el paraíso de los moros, y Córdoba, a la que considera como un compendio admirable de la Historia de España. A primera vista parecerá ofensivo que se coloque a España tan lejos de Europa, que se afirme, como afirma Mr. Whibley, que «hoy, que Granada es

un refugio predilecto de los ingleses, la Península está más distante de Inglaterra que la Australia»; pero el hecho revela que aun somos fuertes por lo mismo que somos refractarios; y luego, cuando se conoce de cerca lo que constituye la gloria de Europa, hay menos motivo para ofenderse.

No traza Mr. Whibley un cuadro completo de la Pintura española, porque tal empeño sería superior a sus fuerzas y a las fuerzas de cualquier crítico. Nosotros no hemos hecho nada, o casi nada. Nos hacen falta varias historias de nuestra Pintura, y una filosofía de nuestro Arte, breve y substanciosa como los admirables trabajos de Taine, para colocar la escuela española a la altura de la italiana y de la de los Países Bajos. Tenemos lo principal: los cuadros; pero falta la interpretación. Cuando se habla de pintura italiana, todos conocen el hilo que debe guiar por el laberinto de sus escuelas secundarias y fundar la unidad del conjunto; cuando se trata del arte de los Países Bajos, todos distinguen entre escuela flamenca y holandesa y saben la diferencia que hay en la primera entre las escuelas

de Brujas y Amberes; pero dentro, todas ellas, del mismo espíritu artístico. En cambio, está aún por descubrir el alma de la Pintura española. Mr. Whibley reconoce el parentesco de Velázquez con el Greco, y hasta el de Goya con Velázquez; mas, al hablar de los otros pintores, pasa como sobre ascuas.

¿Y cómo extrañar esta indecisión, cuando en España hay críticos de esos que parecen no tener más que un ojo, que para elogiar a Velázquez se ven forzados a despreciar a Murillo, y que toman por brazo de mar el arroyo que separa, por ejemplo, a éste de Ribera? Los pintores suelen ser pésimos críticos, porque se fijan demasiado en la parte técnica y no penetran en lo más íntimo de un cuadro, en lo que revela su filiación espiritual, en lo que es obra, no de la voluntad del artista, sino del pensamiento modelador a que el artista vive o vivió sometido.

Estamos grandemente necesitados de verdaderos críticos de arte, de hombres con suficiente talla intelectual para estudiar a fondo nuestra Pintura, y evitarnos la vergüenza de que se pretenda despojarnos de nuestros artistas más gran-

des. Mr. Whibley reconoce a Velázquez como el primer genio de la Pintura de todos los países y de todos los tiempos. Le eleva al mismo rango ideal que a un Homero o a un Shakespeare, por encontrar en él esa facultad suprema y rara de poder glorificar la vulgaridad. El retrato de don Baltasar Carlos es juzgado por Whibley como el «remate de la perfección del pintor más grande del mundo». Pero después de hacer esta afirmación se le ocurre pensar que Velázquez no es español, que es en cierto modo una negación de su patria, por lo fino, exquisito, refinado de sus facultades, y que su marco propio sería Italia u Holanda.

Sin embargo, el mismo crítico, de acuerdo con Mr. Stevenson, afirma que la fuerza del genio de Velázquez se muestra mejor aún porque éste no perteneció a ninguna escuela; porque no se sujetó a reglas, sino que se inspiró en la Naturaleza, interpretada por su portentosa visión. De esta suerte, su refinamiento no fué obra del estudio: fué resultado de la depuración de su sensibilidad mediante su esfuerzo espontáneo. ¿Qué marco, pues, más propio para tan singular ge-

nio que el de nuestra nación? Sólo de España han salido y pueden salir individualidades de tan marcado relieve, tan sueltas y como despegadas de lo que hoy se acostumbra llamar *medio;* porque sólo nosotros conservamos inalterables el amor al individualismo y el odio a la organización, que son el fundamento de nuestras mayores glorias, y asimismo la causa del desorden en que vivimos, de nuestra incurable bohemia nacional.

Éste y otros errores se explican fácilmente, porque el conocimiento que en Europa se tiene de nuestro arte data, se puede decir, de ayer. No hace un siglo que el nombre de Velázquez atravesó el Pirineo; el Greco ha sido aclamado en nuestro tiempo y glorificado por los simbolistas; bastábales a éstos ver en él «un primitivo», un independiente con sus puntos de loco o lunático, para remontarle a las alturas. En Inglaterra se ha llegado por algunos a ponerle por encima de Velázquez, a considerarle como el primer maestro de la Pintura española. Míster Whibley pone las cosas en su punto y descubre en el Greco, al través de su arte extraño y pro-

fundamente sugestivo, una especie de amaneramiento que, junto con la dureza del color, comienza por fascinar y concluye por fatigar y apartar de sí el espíritu del espectador. En cambio, a Goya le juzga Mr. Whibley como un artista de infinito talento, entre los románticos de la buena escuela, sin comprender que la palabra talento es acaso la que con menos propiedad se puede aplicar a un artista personalísimo, cuya genialidad se descubre, mejor que en sus buenos cuadros, en sus obras más imperfectas o disparatadas.

De los artistas posteriores a Goya dice míster Whibley lo que traduzco con satisfacción, sin añadir ni quitar palabra:

«El arte de Goya no tiene nada que vèr con la maestría en el manejo del color de un Fortuny, ni con la vulgaridad parisién del Sr. Madrazo y sus colegas. En estos pintores la tradición de Velázquez casi se desvanece. Han olvidado que llevan en sus venas la misma sangre que el más perfecto y descollado pintor de todos los tiempos. Así, expatriados voluntariamente, aprenden el oficio en el *stelier* francés, y si son

españoles, son una prueba más de que Velázquez fué un español que en realidad no era de España.» Véase adónde nos lleva la manía de enviar nuestros artistas jóvenes a que se formen en el extranjero. Fuera de España se supone que nuestro arte vale poco, cuando en tan poco lo tenemos, y si por acaso descubren algún artista como Velázquez, no comprenden que sea español. Dentro de España vemos la cosa con distintos ojos: enviamos a los artistas al extranjero, y cuando vuelven echados a perder, o cuando menos extranjerizados, y nos presentan sus obras, experimentamos la misma sensación que la gallina que ha empollado huevos de pava y se extraña viendo salir los pavipollos.

Nada más ridículo que hablar de patriotismo cuando se trata de arte; pero los artistas deben formarse en su patria, no por patriotismo, sino para que la educación esté de acuerdo con su temperamento y su carácter. Sólo un hombre ya formado puede resistir aclimataciones ideales sucesivas y sacar provecho de ellas; el mismo Velázquez es un ejemplo concluyente: el artista permanente es en él, siempre, el andaluz: una

naturaleza dotada con facultades extraordinarias de visión.

Pero de exuberancia natural que lo hubiera hecho caer en el amaneramiento, se corrige en la atmósfera más austera de Castilla, quizás más por la influencia del ambiente que por el influjo personal del Greco; su criterio se ensancha y su gusto se depura al ponerse en contacto con los grandes artistas de Europa, ante quienes conserva siempre tan pujante su personalidad artística, que aun aquello que imita lo somete, lo sacrifica como cosa secundaria a su propia y bien templada concepción, y lo que es contrario a ésta lo rechaza, aunque lo admire. Para Velázquez, la obra más grande en Pintura era la *Perla* de Rafael, y sin embargo se mantuvo a inmensa distancia de Rafael, e hizo perfectamente. Si Velázquez naciera en nuestros días, le enviaríamos a Italia pensionado cuando apenas supiera dibujar, y nos volvería pintando *Perlas,* y lo que es peor, pintando *Perlas*... falsas.

DE MI NOVIA, LA QUE MURIÓ

DE MI NOVIA, LA QUE MURIÓ

Malos tiempos corren para el romanticismo, y peores aún para las mujeres románticas. Y, sin embargo, el romanticismo está en pie, como el muerto de Bécquer. Ciertas ternuras del corazón que antes llenaban los ojos de lágrimas compasivas, hoy ponen en los labios sonrisas burlonas. Ríase el que quiera, allá va este breve capítulo de una historia real, vivida — como ahora se dice —, sacado de una preciosa y espiritual correspondencia, que yo conservo como oro en paño y conservaré escondida hasta que los tiempos abonancen.

***

«Por consejo del médico, voy todas las mañanas al Avellano. Ayer volvía tan rendida, que

tuve que sentarme a descansar largo rato en uno de los poyos del Aljibillo. Estando allí, se me acercó una gitana y se empeñó en decirme la buenaventura. Yo les tengo miedo a los dichos de los gitanos, porque, aunque sean disparates, me hacen siempre mucha impresión y me llenan de preocupaciones. «Ande usted, hija mía — me »dijo la bruja —, que parece usted un canario es»capado de una jaula.» Esto me hizo reír, porque nadie, viéndome, podría imaginar una comparación más exacta. Sin yo querer, me dijo muchas cosas la gitana, y las acertó todas; luego me dijo también que yo era como las mariposas, que andan revoloteando alrededor de la luz, hasta que se queman...»

«Ahora más que nunca tengo ansias de tenerte cerca de mí para desahogar mi corazón. Yo creo que las mujeres, por lo menos las que estamos enamoradas, somos como astros sin luz propia: no podemos brillar mientras no recibimos la luz de otro astro que la tiene.

»Ahora me ha entrado otra vez la manía de escribir versos; estoy escribiendo una poesía; dime

qué te parecen esas estrofas que llevo compuestas. No me digas, como otras veces, que son bonitas, por cumplido :

Si quieres que te cante una canción,
dame una inspiración;
tus ojos negros en mis ojos clava,
háblame con pasión
y sienta yo el gemir de tu alma esclava.
Escuche yo tu acento condolido
suspirarme al oído
quejas de amor ardiente e insaciable,
y con fuerte latido
tu corazón junto a mi pecho hable.
Cuando mi pobre alma, acongojada,
esté presa, anegada,
de tus miradas en la mar obscura,
dormirá sosegada
soñando y murmurando mi ventura.
Luego, junta tu boca con la mía,
oirás la melodía
de una canción que suave y vaga suena,
suspirando poesía
que mis ojos de llanto de amor llena.»

«Voy a contarte un ensueño muy raro que he tenido. Tú eres algo hechicero; explícame qué significa.

»Estaba yo en el Avellano, sentada cerca de la Fuente de la Salud. Me quedé dormida, y me dejaron sola hasta muy entrada la noche. No corría el hilillo de agua de la fuente, y yo pensaba: se habrá secado el manantial con estos calores, o habrán tapado el caño con una piedrecilla. Me acerqué haciendo grandes esfuerzos, y vi que lo que había no era una piedra, sino una figurita de hueso o de nácar. Era un niño precioso, muy redondito de carnes, las piernecillas formando roscas, los ojos grandes, negros y muy vivos, y el pelo rizado, como lo tienen las imágenes del Niño Jesús. Yo recogí la figurita y me la escondí en el pecho, y entonces el agua empezó a correr, y me pareció escuchar, en vez del ruido del agua, el eco de muchas carcajadas tiernas y sonoras como las de los niños de teta cuando les hacen cosquillas sus madres...»

«Estoy muy triste; tengo unos presentimientos... Ayer estuve en el carmen de Margarita y vi unos naranjos que tiene puestos en macetas. No sé por qué, sufría viéndolos encogidos por el frío, que ya se comienza a sentir, con sus pe-

queñas naranjas, que ahora empiezan a dorarse, cuando tan poca vida les queda. Parece una burla eso de criar plantas que no han de dar fruto, y ver crecer frutos que nunca han de madurar. Así se lo dije a mi prima, y ella me contestó que eran naranjos de adorno. En aquella umbría no se pueden criar naranjos al aire libre, porque se hielan en el invierno: por esto los crían en macetas y los guardan dentro de casa; y hay años que vienen las naranjas nuevas cuando no se han caído aún las viejas, y dicen que es muy bonito verlas todas juntas. Toda la noche he estado pensando en esto, y, no sé por qué, me figuro que yo estoy viviendo con una ilusión imposible, con un amor que no ha de tener nunca realidad, si no es después de morir...»



Ésta fué su última carta.

De entonces viene mi devoción al Avellano.

Siempre que voy a Granada subo un día y otro por aquellas cuestas, y, cuando voy solo, siento que me atrae una sombra de mujer que

vaga por aquellos parajes llorando por los amores que se quedan en el limbo.

Y cuando veo a alguna joven enfermiza subir trabajosamente en busca de fuerzas y salud, deseo que alguien le ofrezca un brazo animoso para hacerle más llevadero el camino.

LAS RUINAS DE GRANADA

(ENSUEÑO)

LAS RUINAS DE GRANADA

(ENSUEÑO)

— ¿Quieres venir conmigo — dijo un sabio a un poeta — a ver las ruinas de Granada?

— Hace tiempo, mucho tiempo, que deseaba ir a aquel misterioso rincón de la antigua España. Si yo soy poeta, soy el poeta de las ruinas. Nada hay que tan hondamente me interese y conmueva como la contemplación de las desilusiones de la Naturaleza, de los restos miserables de las cosas que fueron y que ya no son. Si hay algo más hermoso que la vida, es el amargor y el desencanto que deja tras sí la existencia. La vida es como un niño que nos distrae con sus juegos inocentes, y las ruinas que la vida va dejando son como un hombre de larga y fecunda expe-

riencia, en cuyos labios hay siempre una palabra que explica grandes secretos.

— A mí me atrae, sobre todo, en las ruinas la idea de que allí ha resucitado o revivido algo que los hombres conocíamos sólo por la lectura de antiguos autores. Y me atraen más las ruinas de una catástrofe que las que va dejando la acción destructora del tiempo; en las ruinas de Grecia o de Egipto yo veo algo natural, algo que ha ido formándose lentamente con los años y que revela la escasa duración de las obras de los hombres, aun de las más grandes y sólidas; en las ruinas de Pompeya o en las de Londres y Granada hay más grandeza, porque aquí la vida fué cortada bruscamente, y al exhumarlas algunos siglos después, hallamos en ellas una petrificación de la vida misma, tal como fué. Un volcán que cubre de repente una ciudad y la abrasa con su fuego, es para mí un escultor iluminado por la Providencia. Pasa el tiempo, la curiosidad abre la inmensa sepultura y surge la obra maravillosa, la imagen de una civilización, de un momento de la vida de la Humanidad.

— Ésa es una visión de arqueólogo; hay una

visión más bella, la del artista, que no ve allí una petrificación de la vida, sino otra forma de la vida, en que ya el hombre no es necesario, en que la idea vive y habla en el aire, inspirada por la poesía que brota de las ruinas. Yo presiento que en las de Granada va a hablarme la idea del amor, que yo voy a sentir allí los suspiros de una mujer que amó mucho, que se murió amando, que después de muerta hace crecer sobre su tumba rosas de olor y claveles rojos para llamar a los que pasan.

—¿Acaso toda la poesía está en las ideas vagas? ¿No hay también poesía en las piedras de los monumentos derruídos y en los esqueletos de los hombres? Yo he pensado muchas veces en el descubrimiento de las ruinas de Granada, y lo que me hacía pensar era el deseo de ver una ciudad aniquilada de repente. Porque, según refieren los historiadores, la erupción del Vesubio que destruyó a Pompeya fué anunciada por ciertos extraños fenómenos, que esparcieron la alarma y permitieron a casi todos los habitantes ponerse a salvo; también, cuando Londres fué sepultada en el mar, se notó mucho tiempo antes el descenso

del suelo, y la ciudad fué poco a poco abandonada; pero el volcán que hace treinta siglos hizo desaparecer para siempre a Granada, sin dejar de ella el menor vestigio, fué un volcán de nueva formación, que al romper la corteza terrestre y lanzar su lava acostumbrada, no dejó tiempo para huir, por lo inesperado del fenómeno y por la rapidez con que todo lo arrasó, desde las faldas de la Sierra Nevada hasta el mar. Así, al reaparecer Granada, se nos ofrece algo nuevo en el mundo, el espectáculo de una ciudad muerta, con todos sus habitantes muertos, en el mismo estado en que se hallaban en el instante preciso de la erupción. Yo no imagino que pueda ofrecerse a la contemplación del hombre nada más grande y original.

—Vamos, pues, allí, que ya estoy impaciente por ver tantas maravillas.



Dirigiéronse el poeta y el sabio a una estación de aeróstatos, y pidieron uno para ir a las ruinas de Granada.

—¿Van por vía terrestre o por vía marítima?

Porque podrían de paso ver las ruinas de Londres y las de la antigua Bretaña francesa.

—Iremos por el camino más corto—contestó el sabio.

—Entonces por París. Hay—agregó el jefe de los aeronautas, hojeando una Guía de viajes—cinco mil setenta y dos hectómetros.

Pagaron los viajeros sus billetes y se instalaron en un pequeño aeróstato que, remolcado por un globo gigantesco, subió rápidamente hasta perderse casi de vista. A poco el globo descendió, y el aeróstato, hábilmente dirigido por un experto aeronauta, emprendió su vuelo hacia el Sudoeste, con viento favorable.

* * *

Después de una breve y feliz travesía, llegaron los viajeros al cielo de Granada. Durante el viaje, el aeronauta les iba diciendo los nombres de los países y ciudades sobre las que pasaban, por si querían descender. A veces descendían un poco para gozar más de cerca el perfume que subía de los jardines, o para distraerse viendo en las

ciudades el pasar y cruzar de las gentes, semejante al ir y venir de las hormigas; a veces tenían que ascender para no tropezar en las crestas de las montañas.

Cuando llegaron al término del viaje, descendieron hasta dominar en todos sus detalles el panorama de la ciudad muerta. Era noche de luna y de silencio, y el poeta quería escuchar la voz que él soñaba había de hablarle, y el sabio quería reconstruir mentalmente el plano de la antigua ciudad y descubrir lo que allí fué la vida cuando la ciudad vivió.

—Yo veo asomar por varias partes restos de una ciudad mora, enterrados en montones de escombros que no sé lo que significan.

—Yo estoy contemplando—dijo el poeta—una estatua yacente. Por el centro de la ciudad forman las ruinas una figura alargada, que parece un cuerpo de mujer.

—Eso debió ser un río que dicen que llevaba oro en sus arenas.

—Y esa figura está partida en dos por unos montones de sillares, que parecen formar un talle de mujer.

—Eso debió ser un puente sobre el río.

—Y al lado derecho del cuerpo hay unas columnas esparcidas, que parecen dos manos cruzadas.

—Eso debió ser una catedral.

—Y en la parte alta de la ciudad, donde están los hombros de la mujer, hay una eminencia, que parece ser una almohadón rojizo.

—Eso debió ser la Alhambra.

—Y sobre ese almohadón rojizo se reclina una cabeza. ¡Es maravillosa la semejanza! Todo está allí. La boca, la nariz, la frente...

—Esos debieron ser palacios y torreones...

—... la cabellera, obscura y espléndida...

—Esos son los restos de un bosque, calcinado por la lava del volcán...

—Y los ojos, que aún brillan sensualmente...

—Ahí debió haber aljibes o estanques, que ahora están llenos de agua llovediza, y con el esplendor de la luna lanzan esos destellos...

***

Cuando comenzó a clarear bajaron a tierra, a la montaña roja, donde el poeta había imagi-

nado reclinada la cabeza de la estatua yacente, símbolo de la ciudad muerta. El sabio recorría aquellos parajes cubiertos de ruinas y de plantas de cementerio, y lo escudriñaba todo buscando algunos restos arqueológicos con que aumentar sus colecciones. El poeta se había detenido delante de unos torreones desmochados y grieteados, lo único que se mantenía aún en pie en aquel cuadro de desolación. Sacó una cajita de ébano, y fijó sus ojos, y con sus ojos su pensamiento, en un botoncillo brillante de la cajita, en el *ideófono,* y el instrumento comenzó a cantar con entonación melancólica:

Qué silenciosos dormís,
torreones de la Alhambra.
Un sueño de largos siglos
por vuestros muros resbala.
Dormís soñando en la muerte,
y la muerte está lejana.
Despertad, que ya se acercan
las frescas luces del alba.
Sale el sol, y vuestros muros
tiñe con tintas doradas;
sale la luna, y os besa
con sus rayos de luz clara,

y vosotros dormís siempre
y la muerte está lejana.
Os alumbran los fulgores
de la bóveda estrellada,
os envuelven de la noche
las sombras tristes y vagas,
y vosotros dormís siempre
y la muerte está lejana.
De la tarde silenciosa
os acarician las auras
y os azota el vendaval
que en vuestros muros se ensaña,
y vosotros dormís siempre
y la muerte está lejana.
Un sueño de largos siglos
por vuestros muros resbala;
cuando llegue a los cimientos
vuestra muerte está cercana.
¡Quién fuera como vosotros
y largos siglos soñara,
y desde el sueño cayera
en las sombras de la nada!

*
* *

— ¡Eureka! — interrumpió el sabio —. Acabo de tener un hallazgo felicísimo. Bajando por es-

tas cuestas he llegado a un lugar cerca del río, donde me pareció que sonaban a hueco mis pasos. Comencé a escarbar y a quitar piedras y descubrí una especie de covacha y en ella varias momias tan admirablemente conservadas, que dudo las haya iguales en ningún museo del mundo.

—Vamos allá — dijo el poeta sin entusiasmo, al mismo tiempo que guardaba su *ideófono* —. No me complace mucho la vista de las momias; pero siento una leve curiosidad por conocer esos ejemplares del ser humano de hace tantos siglos. Porque me figuro que las momias serán de hombre.

— Así lo parecen; voy a examinarlas despacio.

Llegados a la cueva de las momias el sabio y el poeta, trabajaron largo rato para descubrirlas sin tocarlas, por temor de que se les deshicieran en las manos. Precaución excesiva, porque las momias estaban petrificadas y podían ser trasladadas de un punto a otro como bloques sacados de una cantera. Eran cuatro y representaban cuatro tipos diferentes del hombre microcéfalo que habitó en el mundo de la *edad metálica*, o sea

en los siglos XIX al XXII. Sin embargo, el examen craneoscópico daba a entender que esos tipos habían llegado a cierto grado de evolución cerebral, que los aproximaba al tipo *ápodo*, o sea el hombre sin pies, que existió en la *edad cinemática* o del movimiento.

Eran las cuatro momias de facciones irregulares, pues la boca era mucho mayor que los ojos, de donde se infiere que en aquella remota edad se debía pensar más en comer que en ver; todos tenían barba, sin duda porque entonces no había barberos.

La primera momia examinada tenía extraordinariamente desarrollada la circunvolución superior o coronal, indicando este rasgo que aquel individuo debió ser hombre *vertical* o, como antes se decía, un *humorista*, es decir, un individuo que, sean cuales fueren los accidentes de la vida, cae siempre de pie, como los gatos.

La segunda momia pertenecía, sin ningún género de dudas, si se atiende a la lisura y redondez de su cráneo, a un hombre *horizontal* o *perezoso*, de los que aún se encuentran algunos ejemplares vivos en el interior de la Arabia, don-

de se les puede ver continuamente tumbados a la larga, soñando melancólicamente, en espera del paraíso que de muy antiguo se les tiene anunciado por los dioses a que rinden culto.

El tercer ejemplar era curioso, principalmente por la disposición de su columna vertebral, en forma de arco; de suerte que el individuo debió ser un hombre *curvo,* un *optimista,* como se decía antiguamente, propenso a la vida agradable y risueña y poco apto para los trabajos que requieren energía y constancia.

En cuanto a la cuarta y última momia, tenía fuertemente acusada la circunvolución posterior, asiento de la sensualidad, y su cráneo era aplanado y con pequeñas angulosidades, denotando un carácter *invertido* o *pesimista,* aficionado a ir contra la corriente; en suma, un tipo de energía subordinada e infecunda por falta de adaptación al medio.

Ésta fué, brevemente expuesta, la opinión del sabio. Y su conclusión fué que si aquellos varios tipos representaban la constitución general de los hombres que en aquella ciudad habían habitado, no había medio de que allí se hiciera nada

bueno ni útil y que acaso la erupción volcánica fué providencial. Por donde se vendría a comprobar una vez más la acción vigilante, saludable y benéfica de Dios sobre sus criaturas.

El poeta lo escuchó todo en silencio y se puso pensativo; luego requirió la cajita y miró tristemente el *ideófono,* y el instrumento cantó lentamente:

LA CANCIÓN DE LA PIEDRA

Vida y muerte sueño son
y todo en el mundo sueña;
sueño es la vida del hombre,
sueño es la muerte en la piedra.

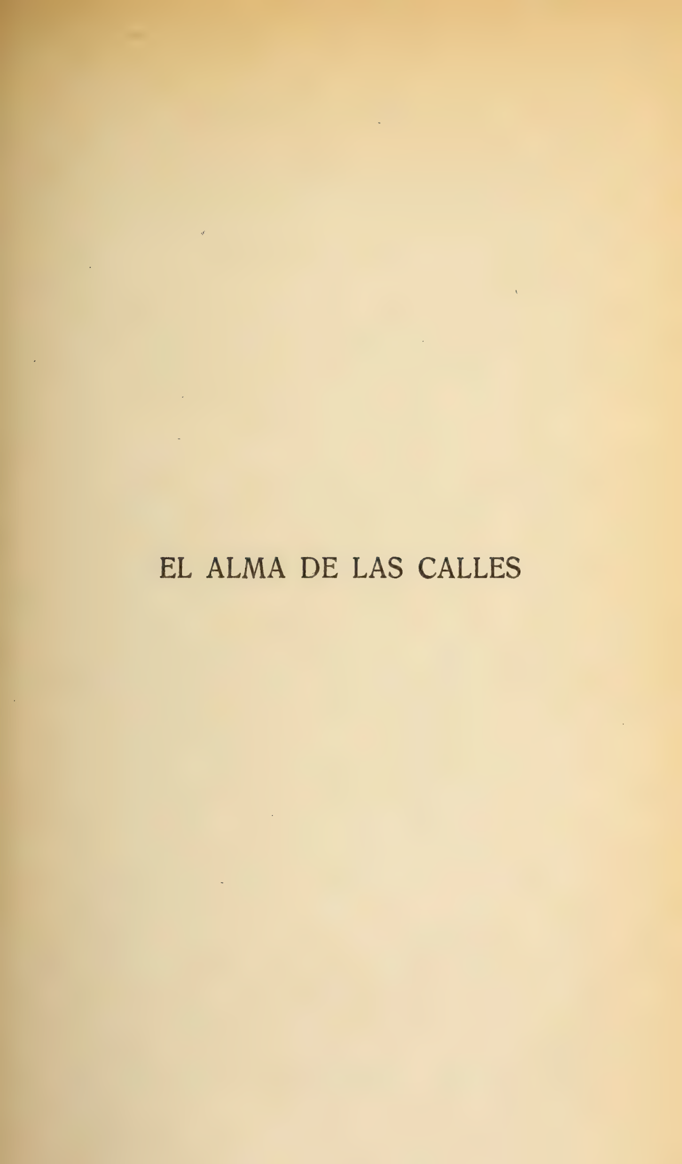
En vuestros ojos cerrados
está grabada una idea:
«Más que ver como ve el hombre,
vale estar ciego en la piedra.»

En vuestros rígidos labios
dice una palabra yerta:
«Más que hablar como habla el hombre,
vale estar mudo en la piedra.»

De vuestro pecho en el fondo
dice la esperanza muerta:

«Más que la vida en el hombre,
vale la muerte en la piedra.»

Si muerte y vida son sueño,
si todo en el mundo sueña,
yo doy mi vida de hombre
por soñar muerto en la piedra.



EL ALMA DE LAS CALLES

EL ALMA DE LAS CALLES

(A las mujeres granadinas, en particular a las solteras sin novio.)

Demos un largo paseo desde el de la Bomba hasta el de los Tristes. Los Salones nos producen una sensación apacible; desde la Carrera a la Puerta Real notamos ligera fatiga; la calle de los Reyes Católicos hasta la Plaza del Carmen nos distrae; desde la antigua calle de Méndez Núñez hasta la Plaza Nueva nos aburrimos; la Carrera del Darro nos pone pensativos. ¿Por qué esta sucesión de impresiones diversas? Porque nuestro espíritu va dejándose influir por el espíritu de las calles.

La vida social entera gira alrededor de deta-

lles tan nimios como estos que se refieren al conocimiento de lo que las calles significan. Para abrir un establecimiento; para las relaciones sociales; para disfrutar de buena salud; para la educación que indirectamente se recibe, notando, sin querer, las buenas o malas costumbres del vecindario; para la colocación de la niña casadera; hasta para romper más o menos zapatos, es cuestión trascendental la elección del sitio en que se han de sentar los reales. Y queda aún otro asunto de más miga: la influencia que en el Arte ejerce el espíritu local.

Mientras un novelista de escaso cacumen se esforzará inútilmente en largos capítulos por caracterizar tipos colocados fuera de su centro natural de acción, otro novelista más cuco saldrá airoso con dos pinceladas con sólo apuntar algunos rasgos individuales y describir el ambiente en que los personajes o simplemente las personas viven, no por capricho del que los saca a luz, sino por obra y gracia de la Naturaleza, que así lo dispuso. El segundo artista ha infundido a sus creaciones el alma de los barrios o de las calles; ha aprovechado lo que estaba creado ya

por todos y que, por esto mismo, es superior a lo que un hombre solo, aun siendo un genio, puede crear.

Una pareja enamorada que se une sumariamente, saltando por encima de las leyes civiles y canónicas, estará muy bien puesta en las alturas del barrio de San Cecilio, en la vecindad de gentes pobres que por economía o despreocupación practiquen ese procedimiento y lo encuentren muy natural por la fuerza de la costumbre; un matrimonio aburguesado, de esos que crean hoy el espíritu mercantil y la rutina sentimental, tiene su campo propio de acción en cualquier piso de cualquier calle céntrica; si el matrimonio es por amor y los tórtolos no han salido aún de las dulzuras de la luna de miel y de los anhelos románticos, hay que buscar un carmencillo o una casita en la Alhambra, porque el amor sincero, como todo lo que es verdadero y noble, huye del artificioso trato de gentes; y si la tórtola ha de tener aún arranques típicos de la tierra; si es de las que llevan falda almidonada y crujiente, pañolillo de colores chillones al cuello y flores en la cabeza, hay que irse a los ba-

rrios extremos o, lo que es más derecho, encaramarse en el Albaicín.



El alma de las calles habla y dice cosas muy bellas a quien comprende su extraño idioma. Yo os llevaré a muchas calles y plazas donde oiréis decir: «Aquí no hay alma, porque falta una obra de carácter que dé unidad a este montón de casas feas.» Si la Plaza Nueva no tuviese el palacio de la Audiencia, sería una explanada mocha, como lo son la de la Trinidad (hoy Almagro) y la de los Lobos. En el barrio de San Cecilio hay una plaza con carácter, el Campo del Príncipe, y la unidad la dan el Cristo de los Favores, y principalmente la iglesia parroquial, que se entrevé en el arranque de la cuesta. Entre el Campo del Príncipe y la Plaza de Santo Domingo, caracterizada también por su iglesia, está el Realejo, un ensanche vulgarísimo, que podría ser reanimado a poco costo, porque la pendiente de Santa Catalina se acomoda a maravilla para la construcción pintoresca.

Por una calle estrecha, quebrada o formando curvas, los ojos del paseante van distraídos viendo las fachadas de las casas que sucesivamente parecen cerrar el paso. En las calles rectas, las fachadas se ocultan y casi pierden su importancia estética: los ojos no ven más que hileras de balcones que hacen juego tonto con las hileras de farolas; el espíritu se fatiga ante una impresión tan monótona, y antes de llegar al cabo de la calle pide algo más. Esto quiere decir que las calles a la moderna exigen que en sus extremos haya algún monumento o edificio suntuoso donde la vista se detenga y se repose, donde encuentre un punto ideal de apoyo que le haga menos dura la caminata.

¿A quién se le ha ocurrido pensar en un monumento al final de la Carrera del Darro? A nadie, porque esa calle tiene alma propia y sugestiva. Lo más que se puede pedir es que remetan algunas casas que estorban el paso. En cambio, en el extremo de la calle de los Reyes Católicos que da en la Plaza Nueva se echa de menos ese algo, que no hay manera de poner porque la calle no desemboca hacia el centro de la Plaza,

y ningún monumento que en ésta se erigiese guardaría correspondencia con la calle.

Al abrir una nueva vía hay que fijarse en esto. ¿Qué sería en Madrid el Paseo de la Castellana sin el monumento a Colón, el obelisco, la estatua del marqués del Duero y el monumento a Isabel la Católica? ¿Y qué de la calle de Alcalá sin la puerta de su nombre, la estatua de Espartero y las Escuelas Aguirre? Serían dos carreteras. En Granada tenemos también los Salones, con el monumento al Descubrimiento de América y las dos fuentes en los extremos. Sin estos puntos de apoyo, el paseo sería menos agradable, porque las distancias parecerían mucho más largas.

*
* *

Muchas cosas más dicen las calles. Ellas mismas declaran lo que quieren ser y sugieren a veces ideas nuevas y proyectos útiles. Por vía de ejemplo, voy a fijarme en la Plaza de la Mariana, sitio al que yo le tengo voluntad por haber vivido allí cuando muchacho. Aun recuerdo con gusto los tragos de leche con que me obsequia-

ban las cabreras que allí van por las mañanas, y no ya con gusto, sino con entusiasmo, me acuerdo de una pollinilla que yo tenía para pasearme y que fué, a no dudarlo, la borrica más demócrata de España. Cuando los nacionales venían a dar vueltas, al son de patrióticos acordes, alrededor de la estatua de la heroína de la libertad, mi pollina se escapaba de la cuadra, e incorporándose a aquellos aguerridos batallones, bailaba de contento y hacía mil graciosas diabluras que regocijaban aquel animado cotarro.

Pero no se trata ahora de sacar a relucir historias viejas, sino de decir lisa y llanamente que la Plaza de la Mariana, con los Campillos Alto y Bajo, que le dan cierta entonación anfiteatral, y con sus enlaces naturales con los diversos núcleos de la población por la Carrera del Jenil, calle de San Matías y demás que allí desembocan, sirve que ni pintada para establecer en ella, como en tantas otras ciudades, una feria matinal o «día de las flores», destinado a las mujeres, las cuales acudirían presurosas a gozar de esta fiesta semanal bella y culta, en la que tendrían una ocasión más — ¡y qué ocasión! — para ten-

der con fortuna las redes amorosas. ¿No hay también feria los jueves en el Triunfo, para satisfacer necesidades más prosaicas? ¿Han de ser menos las flores?

Se dirá, como si lo oyera, que ocasiones sobran para que las muchachas salgan a la luz y sean vistas y admiradas de los hombres; pero también es cierto que mucho gana el cuadro por el marco y que no hay marco más propio para la mujer que un marco de flores naturales con la fresca de la mañana. Esto sin contar con que, así como hay mujeres que ganan vistas de noche, hay otras que son más apetecibles o apetitosas recién levantadas, y todas producen suave encanto vestidas con cierta precipitación y descuido, que dan más realce a la tersura y sano color del cutis, a la perezosa mirada en que se vislumbran aún las neblinas del sueño.

No ha de faltar tampoco quien vea en mi feria de las flores el aborto de una alcahuetería filantrópica. Si así fuera, yo asumo toda la impopularidad que en ello hubiere y libro de ella a los que tengan a bien amparar mi idea. La penuria matrimonial que padecemos nos obliga a abra-

zar la causa de la pobre juventud que se consume en la tristeza de los amores imaginarios.

Y ahora concluyo extendiendo la mano y pidiendo como los mendigos :

—¡Para las niñas que no se casan, una limosnica de flores y de amor!



TROGLODITAS

TROGLODITAS

Cuesta del Chapiz arriba íbamos el viejo y competente paleontólogo D. Juan de Villavieja y yo, departiendo sobre los grandes problemas de la historia nacional.

— No comprendo — me decía — la oposición que usted hace a mi proyecto de fundar en Granada una «Sociedad de excavaciones profundas», al que he consagrado tantos esfuerzos y vigilias.

— Pero, amigo mío, si aquí no hace falta excavar profundamente, ni siquiera arañar en la superficie; si aquí está a flor de tierra la Prehistoria, y basta abrir los ojos para ver ejemplares vivos del hombre primitivo, habitante de las cavernas. Yo no veo la necesidad de gastar nuestros escasos haberes en picos y azadones.

— Pues, señor mío, con ayuda de esos picos

y de esos azadones hemos reconstruído en sus partes principales la vida del español autóctono, del que poblaba nuestro país antes de que vinieran a él los invasores extraños, iberos, celtas y vascones. Hoy son conocidos los rasgos principales del español troglodita, y aun hay indicios para creer que aquí existió la especie humana en el período terciario. (Pausa oratoria.)

— Esto último es para mí artículo de fe. Yo soy de los que opinan que el hombre no apareció sobre la tierra hasta el período cuaternario; pero por excepción admito en España, y particularmente en Granada, algunos hombres terciarios o sietemesinos prehistóricos. En España son precoces todas las manifestaciones de la vida, y nuestras mujeres nos ofrecen todavía frecuentes ejemplos de generación precoz; en esos embarazos de siete meses y aún menos... Y ahora, hablando con seriedad, como a usted le gusta, tengo curiosidad por conocer esos datos importantes que la Prehistoria nos da acerca de los simpáticos trogloditas.

— Nos dice que habitaban en las cavernas en el período en que habitaba también en éstas el

oso primitivo o *ursus speleus,* puesto que los huesos de ambas especies han sido hallados en pacífica mescolanza; nos dicen que cubrían sus cuerpos con telas de esparto crudo; que sabían trabajar los metales y tallar armas de piedra y levantar altares a la divinidad en esos dólmenes, semidólmenes, trilitos y piedras horadadas que ciertos sabios obtusos han atribuído a los celtas.

Al llegar a este punto nos hallábamos a la entrada del camino del Monte, en el vecinazgo de los famosos trogloditas granadinos, y se me ocurrió invitar a mi acompañante a una breve investigación de Prehistoria contemporánea.

—Aquí tiene usted, amigo mío, trogloditas auténticos. Estas cavernas o cuevas, blanqueadas a ratos por la civilización, son el eterno tonel de Diógenes, habitado siempre por hombres primitivos. No encontrará usted el *ursus speleus*, porque la especie se extinguió ya; pero lo substituyen con ventaja el borrico, el marranillo, el pavo y la gallina. El antiguo troglodita se contentaba con cazar animales salvajes; el de hoy ha progresado: ha aprendido a apropiarse los animales domésticos y a vivir con ellos en familia.

Y diciendo esto, se acercaba a pedirnos limosna una chiquilla muy mona, tuertecilla la pobre.

— ¿Cómo te has quedado tuerta, criatura? — le preguntó el curioso señor de Villavieja.

— Eso fué cuando yo era muy chica, porque una pava me sacó el ojo de un picotazo.

Entramos en una cueva. El progreso ha adornado las paredes con objetos brillantes de cobre y azófar, reflectores de la escasa claridad que penetra en el interior y símbolo del ansia de luz que sienten los habitantes de los recintos obscuros. Encontramos el foco del alumbrado primitivo en la fragua encendida. La tierra da al hombre los metales, y con ellos el deseo de forjar armas para el combate y más tarde para el trabajo; un gitanillo medio en cueros, sucio y despeluznado, bailotea subido en un travesaño, dándole al fuelle, espíritu del hogar. Un pedazo de hierro al rojo, sujeto por largas tenazas, va de la fragua al yunque, y sobre este rudo instrumento, piano prehistórico, los martillos golpean a compás, tocando el sempiterno martinete la canción del amor y del hierro:

Fra-gua-yun-que-y-mar-tiii-llooo
rom-pen-los-me-taaa-lees.
El-ju-ra-men-to-que-yo-a-ti-te-he-heee-chooo
no-lo-rom-pe-naaa-dieee.

Así debió de cantar a su modo el troglodita forjando a martillazo limpio el amor que nos engendra y las armas que nos destruyen. ¡Profundo humorismo de las cosas!

Curiosa es la psicología del pobre troglodita. Él no ve las cosas como son o como parecen. Antes de verlas así las ve en las sombras que se dibujan en el fondo de las cuevas. Una cueva es una cámara obscura fotográfica, donde dejan huellas fugaces los seres que van pasando.

Y en el fondo de una caverna ha descubierto Platón la imagen más vigorosa de lo que es la idea humana. Así como el troglodita ve en las mudas paredes de su antro obscuro sombras que toma por realidades, mientras la realidad está fuera, así el hombre toma por verdades las musarañas que se forman en las misteriosas cavernas de su cerebro, mientras la realidad se ríe de él delante de sus ojos.

Y así como el pensador se exaspera cuando

nota que sus castillejos ideales, por muy bien construídos que estén, se le vienen abajo apenas sopla la realidad con un hecho nuevo o discordante, así el morador de las cuevas se irrita cuando al salir de lo obscuro queda deslumbrado por la Naturaleza viva, animada por la luz, y siente irresistible deseo de volver a su gruta, destruyendo antes la realidad brillante que le agobia con su grandeza.

Un hombre que vive bajo tierra está debajo de la realidad, y apenas sale a la luz es un destructor. En otros países se halla al hombre primitivo en los árboles o en las chozas lacustres: es hombre de paz. En nuestro suelo, quebrado y montañoso, hallamos al troglodita, al hombre falto de luz y enemigo de ella, al guerrero. El primer embrión de hombre español en los tiempos prehistóricos es un topo con garras.

Y al cabo de muchos siglos de civilización, el topo continúa «topeando». Hay aún trogloditas perfectos, no sólo en estas cuevas gitanescas, sino en lugares mucho más altos.

— Si hoy fuera domingo — decía yo al paleontólogo de mi cuento — subiríamos a la Abadía

y vería usted, si ya no la ha visto, una procesión original, que le enseñaría más que el reconocimiento de las cavernas de los Letreros, de Carchena o de Fuencaliente.

—¿Qué género de procesión es ésa, de la que no tengo noticia?

— Es una procesión que recorre las galerías subterráneas del Sacro Monte, donde está el horno en que carbonizaron a nuestro patrón San Cecilio. Los pasos de los desfilantes, las letanías y los cánticos resuenan de extraña manera en aquellos largos cavernáculos, trayendo a la memoria las catacumbas, donde se refugiaban, esperanzados y temerosos, los primeros cristianos. Ya el cristianismo parece que triunfó; mas por gratitud vuelve de vez en cuando a los lugares tenebrosos donde halló amparo en los días de peligro, donde puede aún fortalecerse en el seno de nuestra madre tierra. Cuando estuve por primera vez en esta simbólica procesión troglodita, pensé que en lugar de aquellas ceremonias litúrgicas, sería más sugestivo y piadoso ver algún alma solitaria arrastrándose en las sombras por aquellos lugares y clamando por el triunfo de

tantas ideas justas y nobles como están aún escondidas en las catacumbas.

Al terminar estas reflexiones, quiso el azar que una piedra, hábilmente lanzada por algún granujilla del camino, viniera a dar a mi buen amigo en el lustroso sombrero, que cayó y fué dando saltos en el polvo; y mientras el iracundo señor de Villavieja lo recogía y limpiaba con un pañuelo —que no era de hierbas, sino blanco, digan lo que quieran los cronistas —, yo aprovechaba la feliz coyuntura para indicar por última vez la inutilidad de las excavaciones arqueológicas:

—Si desea usted, amigo D. Juan, coleccionar armas de piedra, empiece por recoger esa peladilla histórica que por poco le casca la cabeza.



UNA DERROTA DE LOS GREÑUDOS

UNA DERROTA DE LOS GREÑUDOS

Cuando yo iba a la escuela estaban de moda las Congregaciones de San Luis Gonzaga. A mí me hicieron congregante de la de San Cecilio, y yo, que era más tunante que devoto, aprovechaba los días de Congregación para trabar conocimiento y amistad con toda la granujería de mi dilatado barrio. Antes que el estudio y el roce social les desbaste y afine por completo, todos los muchachos, aun los llamados niños de buena casa o herederos de encopetadas familias, sienten a ratos deseos violentos de tirar la casa por la ventana y de igualarse a los granujillas que viven al aire libre, correteando por las calles, jugando en las plazuelas o, en verano, revolcándose en la arena de los ríos sin agua y bañándose en cueros vivos, varias veces al día, en los

tranquilos y seductores remansos. Cuando la madre, o la mamá, le hace al niño verse en el espejo y contemplarse tan cuco, y tan mono, y tan elegante con su traje de marinero o su abrigo de motas rizadas, con cuello y bocamangas de terciopelo, según las estaciones, el niño sale a la calle tan ufano y tan poseído de sí mismo, que casi mira por encima del hombro a los niños pobres que encuentra al paso, y si fuera capaz de compadecerse, se compadecería viéndolos descalzos de pie y pierna, con los calzones remendados y sujetos por míseros tirantes y la cabeza hecha un erial. Dejemos al niño elegante o simplemente mono jugar algunos ratos con los chicuelos desharrapados, y le veremos revolverse furioso en su incómoda vestimenta, como Hércules en la túnica de Deyanira, y envidiar a los que, a cambio de ir mal trajeados, disfrutan del derecho de tirarse por los suelos y romperse, no ya la escasa ropa, sino hasta el pellejo, si les viene en ganas. Irresistible seducción ejerce sobre nosotros lo natural; hombres hay — yo conozco uno por lo menos — que se visten siempre de mal humor y que al ponerse la camisa almidonada y tiesa recuerdan

involuntariamente, aunque no los conozcan, aquellos versos de Bartrina:

¿Qué escándalo ha precedido
a la invención del vestido?

A decir verdad, cuando yo iba a mi Congregación, y en lugar de meterme en la iglesia de San Cecilio, me quedaba en el Campo del Príncipe jugando con los muchachos y aprendiendo sus picardías, no faltaba a mis deberes por el solo gusto de envilecerme, si envilecimiento hay en estropearse las prendas de vestir y adquirir ciertas mañas inocentes del pueblo bajo, canallesco en el parecer y al decir de las personas decentes; cúlpese de estas faltas, de que yo humildemente me acuso ahora, a mi afición a coleccionar cartas de baraja de las que traían las cajas de fósforos de la época. Más de tres meses anduve jugando a las cajillas, hasta que conseguí reunir dos colecciones completas, que aun conservo a disposición de los lectores; y en particular el caballo de bastos me costó más fatigas encontrarlo que costaría hoy a un filatelista encontrar un sello de Correos de la isla de San Balandrán,

la cual no está en los mapas modernos, sino en los anteriores al descubrimiento de América. ¡Dichosa afición mía aquélla, puesto que ahora me permite ejercer de Ercilla, de cabo de barrio, y relatar una batalla formidable en la que yo combatí como simple soldado a las órdenes de ilustres e imberbes capitanes que hoy, que son hombres hechos y derechos, se dedican a meter matute, los que no están a la sombra, ora en el campo santo, ora en los presidios mayores y menores, de que España se enorgullece! Y todo por cuestiones de poco más o menos, y por navajazos de poco menos o más.

La batalla que yo intento describir es de las más famosas en los fastos bélicos granadinos. Entre tantas guerrillas como éstos contienen, las más empeñadas y sangrientas fueron siempre las sostenidas por los indígenas del barrio de San Cecilio, conocidos vulgarmente por los *greñudos*—no se sabe si por lo inculto de sus espesas cabelleras o si por lo selváticos y peludos que son por fuera y por dentro—, contra los habitantes de la parroquia de las Angustias, reforzados a veces por los de las parroquias colindantes.

Los greñudos, establecidos en la vertiente de una montaña, se sienten continua y naturalmente impulsados a caer sobre los de las Angustias, que viven o acampan en el llano; la causa de la guerra es constante; falta sólo el pretexto, y en cuanto éste se presenta, la irrupción no se hace esperar; circula el grito de guerra, apréstanse las hondas, organízanse los escuadrones al mando de los más bravos caudillos, y antes que las autoridades tengan noticias de la conflagración, las márgenes del Jenil se estremecen bajo el peso de los guerreros, y las madres tiemblan por sus hijos, muchos de los cuales vuelven a casa llenos de chichones y cardenales, y el río no se detiene, ni saca el pecho, ni dice nada: sigue impávido su curso, pensando quizás que hasta él no llegará la sangre.

¿Cuál fué el pretexto para la guerra? No se ha podido nunca averiguar. Sólo en las guerras de mentirijillas se conocen exactamente las causas; en las guerras de verdad, cuando los rencores son mutuos, cada una de las partes explica las cosas a su modo: ambas quieren llevar la razón, cargarse de razón, porque tienen el presenti-

miento de que sólo Dios es el vencedor de todas las batallas, de que Dios se ha de poner siempre de parte de la razón y de la justicia.

Yo no sé lo que dirían los de la Virgen; por parte de los greñudos sí puedo afirmar que el motivo que tuvieron para declarar la guerra fué grave y fué justo. Estaba entonces en la Puerta de los Molinos el ventorrillo del tío *Grajo;* hoy hay allí una barriada de casas; pero en aquella sazón el ventorrillo, con la casa del herrador y la Parrilla, eran los únicos edificios más o menos urbanos, y el Barranco estaba en poder casi exclusivo de la gitanería. Lo único que se conserva igual es el fielato de Consumos, porque para todo lo que representa una carga y un vejamen, el tiempo pasa suave y benéfico.

A tan acreditado ventorrillo, punto de parada en aquel entonces de los arrieros que vienen de los pueblos de la Ribera, de Cenes, Pinos, Dúdar, Quéntar y Güéjar, con diversas frutas, entre las que descuellan las negras *papas de la Sierra,* llegaron a tomar cuatro copas, como unos hombres, ciertos zagalones bocaranes y pendencieros de la calle Nueva, aprendigones de matarife,

si las historias no mienten, y aprovecharon la ocasión para mover camorra con otros mozuelos de la Quinta, que entraron a echar la espuela antes de volver a sus casas, después de un día de aperreo. Porque estábamos en los comienzos de la primavera, época en que la sangre se enardece y en que la Sierra Nevada, por no ser menos, se derrite y nos manda sus temibles avenidas, en las que a veces va volando media vega. Por lo menos las presas se van y hay que echarlas a escape para el surtido de la población y para que trabajen los artefactos; y en punto a hacer caballos, y a meterlos en medio del río, y a retaparlos con fajina, aunque sea trabajando con agua hasta el cuello, no se conoció jamás gente tanta dura y resistente como la de la Quinta Alegre. Las presas y el matute son las especialidades de este barrio, y bien puede perdonársele las sangrías que da a la renta de Consumos por los buenos oficios que presta a la ciudad con sus valientes *preseros*.

El matute crea ciertas relaciones entre la gente de la carne, entre los que la meten de contrabando y los que la venden al público como si fuera

carne del Matadero; sólo así se explica, por odios del oficio, que los matarifes que estaban y los preseros que llegaban a casa del tío *Grajo* vinieran, sin mediar largas razones, de las copas a las palabras y de las palabras a las manos, y movieran una gresca monumental, sazonada con algunos testarazos sin consecuencias. El tío *Grajo,* que era hombre pachorrudo, pero enérgico y con más agallas que picadas de viruela — y cuenta que tenía la cara hecha una criba —, cortó la bronca por lo sano con varias interjecciones de su abundante y castizo repertorio, y la cosa no pasó a mayores. Los de la calle Nueva se retiraron pensando en tomar desquite, y los de la Quinta tomaron un *culitraquero* más para indicar así de una manera clara y expresiva que la *cuestión* les había dejado tan frescos como antes, con un baño de ocho horas en el cuerpo, se encontraban.

Los de la Virgen vieron en este pequeño altercado una ofensa a toda su parroquia y un ataque a las leyes sagradas de la hospitalidad, reconocidas y acatadas aun por los pueblos más salvajes, y creyeron, con obcecación acaso disculpable, que era preciso aplicar la ley del talión para

restablecer el orden jurídico, en mal hora perturbado; y la víctima propiciatoria fué, como suele ocurrir en tales casos, un inocente. En la calle de Molinos tenía una tienda de verduras, aceite y carbón la señá Nicolasa, una viuda más que entrada en años, de cuya bondad y honradez, así como del abandono y suciedad de su persona, de su familia y de su casa, se hacían lenguas todas las comadres del barrio; por donde se ve una vez más que es difícil que todas las buenas cualidades estén reunidas en una criatura de Dios, pues si la señá Nicolasa hubiera sido más limpia y cuidadosa, es seguro que fuera menos honrada y buena, como lo ha notado en muchos casos el cronista que esto escribe. La señá Nicolasa era madre de varias hijas, todas feas y sucias como su madre, y como ella buenas y sencillas; todo esto con arreglo y sujeción a las leyes de la herencia y selección natural, hoy en candelero; asimismo era madre de un hijo, único hijo, llamado *Garibaldi,* no por su amor a la libertad, ni por su ardor bélico, sino por usar a diario en todas las estaciones una garibaldina roja como la grana en su origen y de día en día más obscu-

ra conforme se iba ensuciando; pues es fama que ni la señá Nicolasa ni ninguna de sus hijas pensaron jamás en lavar la garibaldina del joven *Garibaldi,* y aun hay quien afirma que la elección de una garibaldina, y no de otra prenda, para vestir a su único retoño masculino fué inspirada a la honrada tendera por el conocimiento que tenía de que las garibaldinas son las prendas más sufridas, las que más resisten sin que las laven y las que mejor ocultan la mugre acumulada por la acción *indecente* del tiempo.

Además de sus hijas e hijo, tenía la señá Nicolasa un mulillo romo de grandes aptitudes para el trabajo, y, lo que es más raro en su casta, de gran nobleza de sentimientos. Bien es verdad que los mulos romos, como hijos que son de burra, tienen mayor cantidad de materia asnal que los hijos de yegua, como lo demuestran desde luego en ser de talla menuda y muy cabezudos, y en cuanto a las facultades intelectuales, son más tardos de comprensión que los mulos predominantemente caballares. Sin embargo, yo he conocido mulos romos que, sin dejar de ser torpes, eran muy malintencionados, sin duda

por haber heredado de sus madres no sólo la forma material, sino también las intenciones dobles y rastreras que se atribuyen a la especie asnal, tanto más peligrosas cuanto que únicamente se muestran en casos extremos, por ser los burros de suyo muy resignados.

Algo de esto reza con el mulillo de la señá Nicolasa, que jamás dió motivos de queja, no obstante los malos tratos que le daba su habitual caballero *Garibaldi*, cuya ocupación principal, a la que le forzaba su madre, era ir con el mulillo a la plaza o a otras tiendas al por mayor a comprar provisiones para el tenducho de la calle de Molinos, amén de otros servicios de transporte extraños a la casa, en los que *Carbonerillo*, que así se llamaba la bestia, ganaba su jornal como una persona, contribuyendo a sostener las cargas de la familia con notable ventaja sobre el difunto marido de la señá Nicolasa, quien no metió por las puertas en toda su vida más que dos menudos picotazos que sacó a la lotería, jugando con el dinero que ganaba su mujer. La paciencia del *Carbonerillo* tenía sus límites como lo tienen todas las cosas humanas, y a que reba-

sara esos límites le forzaron los matarifes de marras, los de la calle Nueva: venía con su carga de provisiones de la plaza, con *Garibaldi* encima, y alguien ideó, no se ha sabido a punto fijo quién, afrentar al barrio de San Cecilio, en venganza de la reciente escaramuza del ventorrillo del *Grajo.* El *Garibaldi* era un greñudo y el *Carbonerillo* lo era también: tuvieron, pues, la ocurrencia de colocar una ortiga debajo del rabo del animal, y *Garibaldi,* que, como de costumbre, iba papando moscas, vino al suelo, dando una voltereta por las ancas, mientras la bestezuela salía disparada como un cohete, regando la carga por el Campillo y calle de San Matías, y volcando, por último, los serones, para correr más desembarazada y ligera a la querencia de su cuadra y familia.

De todo esto se habló larga y apasionadamente en la reunión de aquella tarde en el Campo del Príncipe, a la que yo por casualidad asistí, y se acordó en el acto declarar la guerra al enemigo para el día siguiente, que era de fiesta. Cuatro emisarios partimos con orden de llevar la noticia por todo el barrio y buscar refuerzos; yo era

de la partida, porque, bien que nativo de las Angustias, vivía en San Cecilio y me consideraba como greñudo de adopción. Acaso lo más cuerdo hubiera sido apartarme de estas luchas intestinas y declararme neutral entre las partes contendientes, ya que con ambas me hallaba ligado por lazos de naturaleza o vecindad; pero yo entonces era un muchacho sin pizca de juicio y me decidí a ponerme del lado de la razón, que creía y creo estaba de parte de los greñudos, y mi decisión, a pesar de inspirarse en móviles levantados, estuvo a punto de costarme la vida. Pero no adelantemos los sucesos, como dicen los novelistas. Cuatro éramos, como he dicho, los emisarios, embajadores, o como quiera llamársenos. Paquillo *el Cabrero* tenía dotes naturales de diplomático, pues no había quien le igualara en la habilidad para encaramarse en un dos por tres hasta las copas de los álamos, escamujar el ramón para las cabras y coger nidos, burlando siempre la vigilancia de los guardas de las alamedas. Ya podían poner los dueños un guarda al pie de cada árbol: Paquillo robaría indefectiblemente el ramón para las cabras de su padre,

y lo robaría sobre seguro y con la conciencia tranquila; porque, como él decía, quitarle aquello era quitarle su comer. Como este legado vivía en los Mártires, se separó de nosotros en las Vistillas, para comenzar allí su propaganda por todo su extenso distrito. Pocos pasos más allá se nos separó otro emisario, el *Tobalo,* llamado así por ser el nombre de Cristóbal el de todos sus ascendientes en línea masculina. Yo no sé cómo se llamaba, pero, llámese como se llame, él, así como sus descendientes, serán siempre *Tobalos,* y las que con ellos se casen las *Tobalas,* y sean cuales fueren los cambios que ocurran en nuestra nación, el papel de los *Tobalos* será recoger basura por las calles y apilarla a la puerta de sus casuchas en el barranco del Abogado, para venderla después a los labradores a tres o cuatro reales la carga, y la misión de las *Tobalas* será vender higos chumbos en la Carrera, cerca del Casino Principal. Yo los he tomado allí algunas veces, y afirmo que nadie le llega a la *Tobala,* o a la que le toque en turno en la sucesión de los tiempos, cuando se trata de cortar un higo chumbo en tres golpes, certeros como los de

un consumado maestro de Anatomía que opera en un organismo paciente, y de ofrecerlo, empujándolo por bajo con el dedo, ante los ojos del parroquiano, quien, si es observador discreto, notará con satisfacción que nada del higo ha quedado en la cáscara y que la cáscara no ha tocado en el higo, y que mientras las cáscaras, todas igualmente cortadas, caen y se congregan en montón para servir de alimento bueno y barato a los marranillos que la *Tobala* va criando para sostenerse con ellos durante el invierno, los higos van pasando al estómago sin que en el camino hagan el más insignificante rasguño. No crean ustedes que es tan fácil partir bien un higo; quizás sea más difícil que hinchar un perro.

Quedóse, pues, el *Tobalo* en la Puerta de los Molinos, y continuamos los dos nuncios restantes hasta la Quinta Alegre. Porque debo decir, aunque de ello me avergüence, que a pesar de ir yo como legado de la Junta Central del Campo del Príncipe, no se me consideró suficiente personalidad para llenar acertadamente mi encargo, porque la decencia de mi ropa y mi porte de «señorico» inspiraban grandes dudas acerca de mi

valor y hasta de mi lealtad. Se me agregó otro emisario, que era el emisario verdadero, aunque no se llegó a marcar fijamente quién de los dos era allí el que debía llevar la voz cantante. A la entrada del camino de Huétor, que entonces no tenía el aspecto semiculto de hoy, sino que parecía un aduar africano, estaban los mozolejos del barrio jugando a la tángana. Dos filas de espectadores presenciaban el ir y venir de los jugadores y celebraban el tino del que acertaba a derribar el canuto de caña cargado de monedas, o a acercar a las monedas caídas las piezas con que tiraba, que eran de las antiguas isabelinas de a medio real.

Yo conocía a toda aquella patulea: al *Papulo,* que había ido a los Escolapios a la clase de párvulos, de donde le venía su curioso nombre; al *Rey* y al *Pirilón,* al *Bautista* y al *Cuadrado* y a las extensas dinastías de los *Titos,* los *Cedaceros,* los *Toreros* y los *Vaqueros;* vaya usted a recordarlos todos. Ninguno tenía oficio regular, como no se le dé este nombre a meter matute los grandes, a servir de espías los chicos, para burlar los pasos de la ronda volante de guardas.

Esta circunstancia había decidido la elección de mi compañero de embajada, que no era otro que el *Chato* de los Mártires, pues éste vivía en un carmencillo de lo alto del Cadeiro, donde los del matute hallaban campo abierto para sus correrías nocturnas. Así, pues, no tuvo más que presentarse para que lo acogieran con grandes muestras de consideración.

—Oye tú, *Chato,* ¿qué es lo que traes por aquí?—dijo el *Papulo,* que, por saber leer y escribir, aunque muy mal, era de los más respetados de la Asamblea.

—Se trata de romperles el bautismo a los de la Virgen, que andan muy sacados de culero y han hecho una que les va a costar cara.

Y aquí vino la relación breve y gráfica de la desventurada aventura del *Garibaldi* y su romillo, con la firme decisión del barrio de hacer algo que fuera sonado.

—Eso va también con nosotros, *Chato.* Y lo que se va a hacer hay que hacerlo ya mismo, porque donde cae el burro hay que darle los palos.

—Mañana por la tarde vamos a vernos las ca-

ras. Por aquí vamos a venir para entrar en los Callejones. Aquí nos juntaremos.

Y dicho y hecho. Al día siguiente, el cojo del Realejo, que se había hecho cargo de movilizar las huestes del núcleo central del barrio, tenía a sus órdenes, prestos y disciplinados, cerca de un centenar de guerrilleros. Los hombres se echaban a un lado, por no dar «otro carácter a la cuestión»; pero de diez y seis años para abajo la recluta había sido felicísima, y tampoco faltaban arrapiezos de ocho y de menos, que se habían comprometido y que serían útiles como metralleros. A eso de las cuatro de la tarde, el primer cuerpo dc ejército estaba formado en el Campo del Príncipe. El cojo, que era aprendiz de talabartero, inspiraba temor a todos por las heroicidades que de él se contaban, y de las que habían sido víctimas muchos de sus mismos admiradores; era el gallito del barrio y fué acatado sin discusión como jefe supremo o generalísimo. Las fuerzas iban en tres bandos, cada uno con su capitán o cabecilla: el primero dirigido por el mismo *Garibaldi* en persona, como parte ofendida y sobremanera interesada en la contienda; el

segundo por el *Cabrero*, el hábil emisario, y el tercero por el *Colgao,* quien llevaba además un horcón con un pañuelo rojo y muchos cintajos de bandera española, retazos de la que hacían en su telar. La familia del *Colgao* tenía en los Mártires un telar de seda—cada día van quedando menos—y, dada la penuria del oficio, apenas trabajaba, si no era en tejer cintas con los colores nacionales para liar atados de cigarros o componer y adornar moñas, fajines, bandas y demás artículos patrióticos, que, ya que para otra cosa no sirvieran, servían para que fuera viviendo la familia del *Colgao* y para que éste se pasara la vida sin hacer nada, porque lo que en su casa había que hacer «era cosa de mujeres». Aparte su holgazanería y la extremada largueza de sus piernas, que le daban el aire de ir en zancos, justo es decir que el *Colgao* era un muchacho excelente y digno de que se le confiara nuestro estandarte, que después de todo él lo había traído espontáneamente sin que nadie se lo encargara.

Partimos en desordenada marcha, y al llegar a las Vistillas de los Ángeles se nos incorporó nuevo y fuerte grupo, formado por algunos au-

xiliares que habían venido por el Cadeiro, con Paquillo a la cabeza, y principalmente por las fuerzas reclutadas en el Barranco y sus contornos por el infatigable basurero y diestro diplomático *Tobalo*. Aunque parezcan incongruentes ambas habilidades, es positivo que ambas se completan, porque un basurero necesita tener don de gentes y saber ganarse las simpatías si quiere librarse de la molestia de ir barriendo la basura por las calles y aspira a que se la den las criadas de las casas ciertos días fijos de la semana. A cambio de pequeños servicios de limpieza, el *Tobalo* había logrado reunir la mejor parroquia de criadas de la capital, demostrando con ello una prudencia y un tacto dignos de más alto empleo y propios de un hombre de edad madura. El *Tobalo* no se reservó tampoco, como otro hubiera hecho en su lugar, la dirección de la guerrilla de su barrio, sino que la confió a los *Cenacheros*, que tenían fama de peleístas y lo eran en realidad.

Bajamos en correcta formación por la Ribera de los Molinos, donde imperaban en aquel tiempo los innumerables cagachines, los gitanos,

herreros, tocaores de guitarra y cantaores, que amenizaban la existencia del vecindario más alegremente que los martilleteos de la fundición establecida hoy donde ellos tenían sus miserables fraguas. Todo es trabajar en hierro; pero en lugar de piezas formidables, cuya fabricación rompe los tímpanos del forzado auditorio, ¿cuánto más bonito no es ver salir del yunque tenazas de a cuarta, parrillas de a tercia, sartenes, badilas y trébedes o estreves, hechas para «tente mientras cobro», a fin de que el trabajo no escasee? He recordado involuntariamente a los simpáticos cagachines porque se me ha venido a la memoria una frase profética de la tía Isabel, la gitana madre, cuando nos vió pasar a los guerrilleros: «Estos arrastraos están anunciando la guerra.» Y a poco empezó la guerra civil del Norte.

En la Quinta se acabó de organizar nuestro ejército. Los quinteros engrosaron nuestras filas con una nutrida falange, capitaneada por el *Pajarillo,* que más adelante había de ser «tristemente célebre» y que ya era pajarillo o pájaro de cuenta. Se acordó que en varias secciones

fuera delante la gente de brío, que con hondas o a brazo sostuviese la pedrea o llevase el peso de la lucha; los más chicos de las bandas o los que no servían para tirar piedras por falta de fuerzas o de puntería, eran encargados de recoger «metralla» y en cenachos llevarla y ponerla en montones al alcance de las tropas de línea. Yo fuí de los metralleros y cumplí a conciencia mis deberes, no muy difíciles de llenar, porque las piedras abundaban, pero arriesgados cuando había que acercarse y desafiar el zumbido de las piedras enemigas, no menos temibles que las balas.

Avisado a tiempo el enemigo y deseoso de afrontar el combate, se había establecido a pie firme al lado acá del puente de Jenil, entre el puente y los Escolapios. Yo quisiera poseer el don de la ubicuidad para contar también lo que ocurrió en el bando de la Virgen y cómo se formaron las huestes, en las que se afirmaba que venían no sólo toda la parroquia de las Angustias, sino casi toda la Magdalena y algo de San Matías también. Lo que yo supe de cierto fué que el jefe de las fuerzas contrarias era el *Nava-*

rrete, compañero mío de escuela, sumamente desaplicado y camorrista y aficionado al toreo, al que se dedicó más tarde, aunque sólo para ejercer de torero de invierno, pues su reconocido valor, del que dió brillantes pruebas en esta batalla que dirigió contra los greñudos, desaparecía en cuanto se le presentaban delante de los ojos, aunque fuera a larga distancia, dos cuernos, siquiera fuesen éstos de un inocente recental y clavados en una tabla, como es costumbre clavarlos cuando los chicos juegan al toro.

Grandes alternativas ofreció la lucha, y sin que la pasión me ciegue, diré que la victoria debió ser nuestra. Empezamos a disparar nuestros proyectiles en la esquina del callejón del Pretorio, lugar estratégico hábilmente elegido por los jefes, pues desde él se podía realizar a la perfección aquello de tirar la piedra y esconder el brazo; los de nuestra bandería se asomaban a la explanada de los Escolapios, y después de disparar volvían a esconderse en el callejón y a prepararse de nuevo; mientras que los contrarios no tenían más parapeto que la baranda del puente o los árboles del Violón; y aparte de

la ventaja de nuestras posiciones, teníamos la de nuestro esfuerzo y destreza. Algunos aficionados a emociones, que presenciaron la pedrea desde el Humilladero, aseguran que era interesante ver las piedras cruzar como en un bombardeo, formando arcos en contrarias direcciones, dibujados sobre la fachada impasible de los Escolapios, que servía de fondo a este cuadro vivo de nuestras discordias, y aseguran también que la pedrea más sostenida, más nutrida y más regular fué la de nuestro bando. Atestígüenlo si no las numerosas bajas sufridas por el enemigo, los descalabrados y contusos que tuvieron que retirarse del centro de operaciones.

El bando de la Virgen comenzó a flaquear y a dispersarse en dos direcciones: los unos hacia el puente de la Virgen, los otros hacia lo hondo del Violón; esta circunstancia nos pareció decidir nuestro triunfo; circularon órdenes de avance, y nuestra primera línea llegó hasta el puente de Jenil; los metralleros nos quedábamos entre el callejón y el río, amontonando nuevas provisiones de guerra. Entonces los enemigos acudieron a una hábil estratagema: como nuestro bando

no podía tirar piedras hacia el Humilladero, los que habían huído por ese lado vinieron hacia nosotros despavoridos, diciendo a voces que llegaban los rondines para cogernos a todos y llevarnos a la cárcel; los greñudos, que acaso por lo abundante y enmarañado de sus cabelleras son poco o nada perspicaces y en ninguna manera aptos para las luchas del ingenio, no vieron en la noticia un ardid de guerra, sino que la creyeron certísima, y pusieron, esto es, pusimos pies en polvorosa, pues no era yo de los que menos corrían, a pesar de mis pocos años.

Reunidas las dos alas de la Virgen y rehecho su ejército merced a la feliz invención, de que fué autor, según se supo, el hijo de un zapatero o albardonero que vivía en el Rastro — en cuanto al oficio estoy en duda —, bien pronto nos vimos perseguidos en nuestro propio terreno. El enemigo tomó posiciones detrás de las esquinas del callejón del Pretorio, y utilizando nuestras propias piedras, comenzó a zumbarnos de lo lindo, sin que nosotros tuviéramos medio de ponernos a cubierto, a no ser retirándonos al extremo opuesto del callejón. Antes que retirarnos, creímos

preferible, aun a riesgo de algunas bajas, dirigir un ataque rápido y formidable, y aun emprender, si preciso fuera, la lucha cuerpo a cuerpo, y fué, en efecto, tan formidable y tan rápido, que arrollamos al enemigo, acorralándolo hasta el Humilladero; quiero decir que le arrollaron y acorralaron, pues muchos nos quedamos en el camino, y yo fuí de los que cayeron; caí gloriosamente, con la cabeza rajada, a dos pasos del *Colgao,* que tuvo que depositar en el suelo el estandarte para apretarse con las dos manos la boca, de la que amenazaban salírsele las dos cajas de dientes.

Aquello fué el principio del fin. Detrás de los de la Virgen habían venido a la expectativa algunos mozos más granados que, cuando vieron el pleito perdido, quisieron entrar en danza y acudir a armas mayores. Salieron a relucir las facas siniestras y hubo algún disparo al aire para meter miedo. Hay quien afirma que fueron los de la Pescadería los oportunos auxiliares del bando de la Virgen y los autores de la barrabasada. Los greñudos emprendieron su segunda retirada, perseguidos por los contrarios; pero esta vez sin

ánimo de volver a la carga, gritando que no lucharían más contra un enemigo que había faltado a las leyes de la pelea. Cuando un jugador hace trampa, no hay que hacer más sino cortar el juego. Pero, sea como fuere, los enemigos pudieron proclamar que ellos habían venido hasta cerca de la Quinta, apedreándonos y llamándonos cobardes, y nosotros tuvimos que retirarnos, y gracias si hubo tiempo para que a los que no podíamos andar nos recogieran y nos libraran de la vergüenza de caer prisioneros y sufrir las burlas, y acaso más que burlas, del enemigo. A última hora hubo en nuestro bando una débil reacción, y se pensó acometer de nuevo; pero la llegada de los rondines—que llegaron esta vez de veras y sin que los anunciaran—por el lado del Pretorio, fué la señal de completa dispersión. Y no hubo más.

Muchos, no sé cuántos, salimos con algo roto o lastimado de la gloriosa derrota, que para nosotros victoria fué, y de las más grandes.

Cuando yo entré por las puertas de mi casa con la cabeza entrapajada y temiendo a la filípica que iban a echarme, tuve, al menos, el con-

suelo de que mi buena madre me dijera estas solas palabras:

«¡Eso que te ha pasado es justo castigo del Cielo por haber ido a pelear sin motivo, y, lo que es peor, a pelear contra tu parroquia, contra la Virgen de las Angustias!»

ÁNGEL GANIVET, POETA Y PERIODISTA

POR

MODESTO PÉREZ

A mi querido amigo e insigne maestro D. Miguel Moya, que con su bondad y su actividad inagotables ha facilitado extraordinariamente la recopilación de las anteriores páginas.

Modesto Pérez.

GANIVET, POETA

GANIVET, POETA

Imaginación y misterio.

Casi toda la obra de Ganivet es poética, si entendemos la poesía en su valor etimológico de creación. La inventiva es la característica principal de este hombre. Su cultura es muy rica, pero inferior a su poder imaginativo. Y su arte, la manera de exteriorizar los estados de su alma, es tan feliz, que le coloca en el rango de los soberanos de la expresión.

En sus escritos en prosa abundan las frases y los períodos henchidos de originalidad. ¿Quién no recuerda los conceptos y los términos que el Romancero le sugiere al autor del *Idearium*? ¿Y la conferencia que sobre mecánica celeste y el origen del mundo dió en Amberes a su criada, y que ésta le pagó al día siguiente con un manojo de rosas, muy escasas en aquellas tierras? «Las ideas de anoche han echado estas flores», exclamó Ganivet ante el inesperado obsequio. Y no son menos poéticos los comentarios que le suscitó la consideración de la capa-

cidad comprensiva de las inteligencias analfabetas y vírgenes.

La mejor poesía en prosa que escribió fué, muy probablemente, la extremaunción que, siendo cónsul de España en Amberes, le administró, en el hospital de Stuyvenberg, al managüense Agatón Tinoco, que, después de haber sido engañado por su mujer, de haber tenido que huir de su casa, porque «aunque pobre, era hombre de honor», y de haber trabajado en las obras del canal de Panamá, había ido a Bélgica, desde el Estado del Congo, con un violento ataque de fiebre amarilla, del que murió inmediatamente. No quería marcharse de este mundo sin antes conversar unos momentos con quien pudiera comprenderle, y, avisado Ganivet, visita a Tinoco, y éste le cuenta sus desventuras; pero el cónsul de España en Amberes, que desde luego se presenta al pobre managüense con familiaridad y llaneza, como si se conocieran de antiguo, procura convencerle de que él, Agatón, ha sido un grande hombre que ha padecido silenciosa y abnegadamente desaires, ingratitudes y explotaciones, y que ha contribuído con su esfuerzo a la realización de gigantescas empresas. «Yo creo —concluye Ganivet— que Agatón Tinoco me comprendió, y que recibió un placer que quizás no había gustado en su vida: el de ser tratado como hombre y juzgado con entera y absoluta rectitud.»

Las páginas del *Idearium* en que se refiere esta entrevista son, por la alteza del pensamiento, la profundi-

dad de la emoción, la elegancia de la forma, y sobre todo por la piadosa humanidad de que están saturadas, de lo más poético y consolador que pudiera encontrarse en nuestra literatura o en cualquiera otra.

Ganivet era tan partidario como de los frutos maduros, de las frescas y lozanas flores. En sus obras se encuentran hasta con profusión larvas de ideas, viajes intelectuales como truncados e interrumpidos, y expediciones y avances de tal audacia por las regiones de la cultura, que resulta difícil y aun imposible acompañarle siempre en sus vuelos.

«Yo vivo —dice— en una casa rodeada de árboles, junto al mar. A veces veo en el horizonte lejano la forma indecisa de un barco que surge entre el mar y el cielo, como portador de mensajeros espirituales; después comienzo a distinguir el velamen y la arboladura, luego el casco, y algo confuso que se mueve; más cerca las maniobras de los tripulantes; por fin veo entrar el barco en el puerto y arrojar por las escotillas sobre el muelle la carga multiforme que lleva escondida en su enorme buche. Y pienso que así se nos presentan también las ideas, las cuales comienzan por un destello divino que, conforme toma cuerpo en la realidad, va perdiendo su originaria pureza, hasta hundirse y encenagarse y envilecerse en las más groseras encarnaciones.»

Las ideas puras, recién nacidas, celestiales e inmaculados destellos, le entusiasmaban. Y cuando se remonta con las alas de su genio a empinadísimas cumbres, hay

ocasiones en que chocamos con lo indescifrable. No pudiendo seguirle, lo misterioso se ofrece a nuestros ojos y a los suyos, que tienen que figurársenos cansados en fuerza de querer ensanchar los horizontes de su visión.

La fe muerta y la viva.

Donde sobre todo resplandecen las facultades poéticas de Ganivet es en *El escultor de su alma,* drama místico en tres autos. Con él se propuso contribuir a la restauración de nuestro teatro poético, y al efecto emplea, sobre todo en los autos primero y tercero, formas que evocan las cultivadas por Lope y Calderón en sus dramas sacramentales.

Los odres utilizados por Ganivet para *El escultor* son en su mayor parte viejos, y desde luego muy hermosos, y el vino que en ellos nos da es nuevo, si es que hay algo nuevo debajo del Sol, si lo que más nuevo nos parezca en la psicología humana no es tan antiguo como la Humanidad y de lo que se trata es de renovaciones en las apariencias.

De la Fe, del Amor y de la Muerte se denominan los autos que componen esta obra, cuyos personajes se llaman *Pedro Mártir, Cecilia, Alma* y *Aurelio*, que simbolizan, respectivamente, al hombre natural, a la fe, a la belleza y a la vanidad del mundo.

Pedro Mártir ha estudiado y cavilado muchísimo, como el doctor Fausto, y es poseedor de una inmensa canti-

dad de ideas, y queriendo imitar a Prometeo, que escaló el cielo y robó de las esferas divinas fuego con que beneficiar a los mortales, está anheloso de emanciparse de la Fe, con la que ha vivido en entrañable consorcio. La Fe se lamenta de que se disponga a dejarla, mas Pedro Mártir insiste en su propósito. Como las aves, que ignoran adonde van, pero volando se hacen su camino, así se irá haciendo él el suyo.

¿Abandona Pedro Mártir la Fe, o al renunciarla es más creyente que cuando le estaba sujeto por estrechos vínculos? Es la fe estática la que deja de profesar para consagrarse a la viva. Hasta ahora ha sido creyente, y de aquí en adelante va a ser creador. Es la substitución de las creencias dogmáticas por la confianza en las propias fuerzas espirituales.

Aunque se aleje de sus antiguos amores, sentirá la nostalgia de ellos, y si llegara a cansarse en los nuevos caminos y tuviera que volver a otros, serían los de la fe primitiva.

Cuando una pasión nos ha dominado por largo tiempo, el reemplazo de esa pasión por otra no se verifica sino a costa de interiores batallas, que pueden ser tan formidables que revistan trágicas proporciones, y a veces se conservan perennemente vivos, aunque atenuados, los sentimientos que quisiéramos extinguir. Donde haya habido lumbre pueden quedar no sólo cenizas, sino algunas llamas. Renán, a pesar de su demoledora crítica, nunca dejó de sentirse conmovido por la música religio-

sa, y suspiraba porque al morir le enterraran debajo de las bóvedas de una catedral.

Ocurre con la religión lo que con la guerra. A los hombres más pacifistas y a los más enemigos de la infracción del *no matarás,* mandamiento de la ley de Dios y de las conciencias piadosas, les puede surgir, desde lo subconsciente a flor de tierra de espíritu, una fuerte tendencia a la agresión. En Tolstoï no había muerto por completo el guerrero, y al nobilísimo apóstol le lloró y se le encorajinó el patriota que llevaba dentro, viendo que los japoneses obtenían sobre los rusos gigantescas victorias. Y la presente colisión internacional, que a la vez está azotando y regenerando al mundo, les ha despertado la belicosidad y les ha llevado a empuñar las armas y a jugarse la vida a millares de filántropos.

Convencida la Fe de que Pedro Mártir la abandona, se marcha desolada, aunque con la esperanza de que él volverá en su busca, y el escultor se aflige por la ausencia de lo que acaba de perder. No bien se ha emancipado, encuentra mil encantos en la esclavitud cuyas cadenas ha roto:

¿Qué escucho? Ecos dolientes que me dejan.
Sus pasos, que de mí tristes se alejan...
¡Son sus pasos amantes que se quejan!

Y se figura que la Fe retornó a su lado:

La vi llegar, en sueños, silenciosa
volando, como bella mariposa,
con su túnica blanca, vaporosa.

Suelto al aire el espléndido cabello,
los bucles descendían hasta el cuello,
formando un marco de oro al rostro bello.
Y en ese rostro había una mirada,
y a la mirada hallábase asomada
una imagen de un alma enamorada.

Estos elogios de Pedro Mártir a la Fe, estas amorosas expresiones, recuerdan, por su vehemencia y galanura, algunas elegías de Marquina, y hacen pensar en las encendidas y poéticas alabanzas que en *Pandora,* de Gœthe, les dedica a los soberanos atractivos corporales de aquélla y a sus opulentísimos atavíos su abandonado esposo Epimetheo:

¡Oh divino tesoro para mí del recuerdo!
Tú me haces ver completa aquella augusta imagen.
Su brillo se asociaba a las flores abiertas
que en guirnalda su frente y sus cejas velaban,
cubriendo aquellos ojos flecheros, como cubre
el compañero de armas con su escudo al arquero.
Aun veo en sus orejas las perlas balancearse
cuando libre y graciosa movía su cabeza.

Ha sido en sueños como Pedro Mártir ha visto a Cecilia; pero al despertar de ellos en fuerza de anhelar su presencia, lo real no corresponde a lo fantaseado; se le ha desvanecido la dulcísima y confortadora ilusión:

¿Qué es lo que veo? ¿Es ella, es su figura?
No; es la sombra que traza su escultura;
es la imagen que finge mi locura.

El drama de Gœthe *Pandora* nos sale nuevamente al encuentro. Sus analogías con *El escultor de su alma* no dejan de ser numerosas. Un análisis detenido de estas obras pondría de manifiesto las influencias del inmortal poeta alemán en el granadino. Epimetheo sueña que está viendo a Pandora, y su despertar es negativo y triste, como el de Pedro Mártir:

¡Por fin la veo ya viva, marcada!
¡Qué arrobadora!
¡Pincel! ¡Buril!... ¡En un cerrar de ojos
se ha disipado!
¿Habrá labor que más inútil sea?
No la hay más cruda.
La eternidad entera, pese a Minos,
vale su sombra.
Aun trato, esposa mía, de atraerte.
¡Ya te he cogido!
¡Ya soy feliz!... Imagen, apariencia,
huye y se apaga.

La pugna entre la teología y la independencia espiritual, entre la creencia y la creación, es, quizás, lo más intenso del auto primero de *El escultor de su alma.* De la fe muerta a la viva, ¡qué doloroso tránsito!:

¡Oh!, ¿qué lágrimas son éstas
que, como espadas enhiestas,
hiriendo sin compasión,
me suben del corazón?
¡Libertad, qué cara cuestas!

Una luz fatua que yerra.

Alma, hija de Pedro Mártir y Cecilia, se ha quedado sin madre, y como su padre se marchó de casa siendo ella pequeñita, no le ha conocido; mas piensa frecuentemente en el escultor, y tiene presentimientos de qué ha de llegar a verle.

Aurelio, novio de Alma, está enamoradísimo de la ideal criatura, que corresponde a su pasión de tal modo que a ambos les hace poetas el sentimiento. Tan exquisitas son las canciones que se dedican, que saben a poco. El apasionado galán llega a sentir celos de la muchacha porque la domina cada día más el pensamiento de su padre. Todas las noches se le aparecía en sueños a Alma la imagen de un hombre:

Es un señor venerable,
barba larga, noble aspecto;
se sienta aquí en el jardín
en aquel banco de hierro,
mirando a unos lindos niños
que le distraen con sus juegos.
Yo salgo y veo aquel hombre
y le digo: «Caballero,
busca usted a mi marido?
—No — contesta —, sólo vengo
a ver estos niños...» Llora
y se va, y se acaba el sueño.
¿Quién sabe si esto será
algún aviso del Cielo?

Es no solamente la edad madura, atraída por las gracias y los regocijos de la edad infantil; es, además, la representación del padre que abandonó el hogar dejando en él una tierna hija y no puede olvidarla, y a cada instante arde en deseos de verla, y se figura que la ve jugar, y despertando se entera de que no la veía, y llora al encontrar desvanecidos los castillos de felicidad que se había forjado.

¡Sueño digno de Alma, de la fantasía de la belleza! ¡Poderosa imaginación la de Ganivet, que fué la que creó todos estos personajes y todas estas escenas!

Un mendigo le pide limosna a Alma. De que es un mendigo singular, un hombre superior, no cabe duda. Según le dice a Aurelio, ha estado corriendo mundo quince años, y al cabo de ese tiempo ha retornado a sus patrios lares.

No implora la caridad pública por necesidad, sino por haber hecho voto de pobreza. A su regreso todo lo encuentra igual, menos la gente, que ha cambiado. Está arrepentido de sus correrías. Aquellos lugares donde antes había vivido y donde había dejado sus amores, le inspiran estrofas de una melancolía y un encanto que exceden a toda ponderación, como las que dirige a los torreones de la Alhambra:

¡Quién fuera como vosotros
y largos siglos soñora
y desde el sueño cayera
en las sombras de la nada!

Alma conversa con el mendigo, y sospechando que sabe de Pedro Mártir, le pregunta:

Mas si sabéis dónde está
mi padre, ¿por qué calláis
¿Por qué así me atormentáis?

Y él le pregunta a su vez:

¿No es de Aurelio el amor tuyo?

Está celoso del novio de Alma:

Ese amor que se comparte
es una triste ilusión.

Tan frenéticamente se expresa en cuanto al cariño sin límites que le tendría a una hija, si la encontrara, que Alma, amedrentada, se esconde.

Y el pordiosero exclama:

Veo una luz fatua que yerra,
flor de un sepulcro que encierra
cenizas que yo adoré,
y por esa flor iré
hasta el centro de la tierra.

En resumen: Pedro Mártir ha vuelto. Es mucho lo que ha visto y lo que ha indagado. Y no le ha satisfecho. No pudiendo recobrar la fe, porque murió hace años, pone toda su pasión en Alma, en la hija de la razón y la fe, en la belleza, y como ésta huye de sus amorosos arrebatos, se dispone a buscarla a todo trance.

**¡Oh, qué ventura morir
esculpido en forma eterna!**

Pedro Mártir le declara a Alma que es su padre, que ella es el fruto de sus amores con la Fe, con Cecilia, y que en la hija de ambos encuentra el más radiante espejo de lo que ansiaba recuperar. Es su creación, su obra máxima, el sueño que había soñado.

El sufrimiento de Alma es horrible, y la joven llama a Aurelio para que la liberte. Por fin la subyugan los sentimentalismos de su padre, y deja que la bese. Después se muere y queda petrificada de gozo.

Densas nieblas obscurecen la vista de Pedro Mártir. «¿Dónde está Alma?», pregunta. Y pide luz. Aparece Cecilia, la luz de la fe, que al marcharse su esposo a correr tierras, le había dicho:

¡Yo estaré muerta! ¡Tú vivo!
Mas te juro que has de verme
y que has de reconocerme
y que has de ser mi cautivo.
¡Cuando viva, yo tu esclava!
¡Cuando muerta, tú mi esclavo!
Porque mi fe es duro clavo
que sobre los clavos clava.

Alma ha volado a las regiones celestiales y Pedro Mártir quiere verla, aunque tenga que pasar por encima de todo; forzando, si es preciso, para conseguirlo, las puertas de la gloria.

Cecilia, derrotada, confiesa que no puede domar al escultor, cuya impiedad califica de inmensa.

Y el propio esfuerzo íntimo triunfa: el trabajo de autocreación interior, la fe viva.

El camino de la muerte.

No menos que por la majestad de su asunto y por los primores de su forma, emociona este drama por las alusiones que contiene al trágico fin de la vida de su autor. Por ellas y por haberlo escrito poco antes de su muerte, viene a ser como su testamento. ¿Será la misma producción dramática a que hace referencia en uno de los capítulos de *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid?* Bien pudiera tratarse, no de dos obras diferentes, sino de una, retocada y transformada por el insigne granadino, quien no querría darla a conocer hasta que llegaran a madurar en su espíritu las ideas y los sentimientos que la informan, principalmente sus anhelos de liberación por medio de la extinción corporal.

Su aversión a la existencia terrena es no sólo contemporánea de *Los trabajos*, sino anterior a ellos.

Se rodea de misterios a la muerte de Ganivet. Quién la considera resultante de preocupaciones infundidas en su ánimo por adversidades que le ocurrieran viviendo en Madrid. Quién la atribuye a contrariedades amorosas. Hasta se ha llegado a imaginar si le asesinarían los cosacos.

Lo que tenemos por más evidente, dentro del innegable misterio, es que el misticismo de Ganivet llegó a adquirir patológicos caracteres que le destemplaron la armonía del alma, y que esa destemplanza, ese desequilibrio, fué la causa de que rompiera violentamente las ligaduras que le ataban a lo transitorio.

Ganivet, alejado de Granada, de España y de sus cofrades del Avellano, y teniendo que vivir en remotos países, sobre todo los del norte de Europa, tan contrarios a su naturaleza de meridional, y donde apenas tenía amigos, entristeció su espíritu, y para combatir esa tristeza se reconcentró de tal modo en sí mismo, entregándose casi constantemente a trabajos intelectuales, que la melancolía y el demasiado estudio influyeron en su temperamento, y le fueron disminuyendo el apego a esta vida, impulsándole a desear la futura.

Las cartas que dirigió a Navarro Ledesma, al menos las conocidas, son cerebrales y sabias. Sentimentales, cordialísimas, fueron las que escribió a Nicolás María López. Todavía no las ha dado a luz este despejadísimo escritor; pero así nos lo ha asegurado, y bastarían para creerlo los fragmentos que de algunas dió a conocer en una conferencia, no publicada aún, que acerca del tema «Ganivet, íntimo» leyó en el Centro Artístico de Granada el 24 de enero de 1915.

«Vivo —le decía en mayo de 1896— en medio de un bosque muerto y a orillas del mar, de un mar no sólo muerto, sino enterrado bajo montañas de nieve. Y a ra-

tos ni siquiera tengo la tranquilidad de defenderme, acurrucado en mi pequeña casa, porque temo salir volando con ella e ir a parar al quinto infierno. No queda, pues, más remedio que coger la pluma y escribir, como yo escribo, en todos los géneros conocidos y en algunos inventados para mi uso particular. Cuando me canso de escribir, tengo a mano abundante lectura, y leo a ratos en francés, a ratos en inglés y a ratos en alemán, sin que deje también diariamente de dedicar una o dos horas a descifrar los periódicos suecos locales.»

¡Noble manera de luchar contra el tedio y de huir de la soledad apelando a la compañía de almas de selección reflejadas en libros que por ser luminosos tienen que ser consoladores! Pero bien a las claras aparecen las angustias que le desalentaban y el abuso de trabajo mental en que incurría—aumentando las exigencias de su vivísima curiosidad - por buscar alivio para su aislamiento y perspectivas intelectuales cada vez más amplias.

Ganivet no era ningún misántropo. Tiene razón Rouanet. No podía serlo quien había escrito estas palabras: «Deja que se acerquen a ti cuantos quieran acercarse, y vive con ellos.» Respecto a la extensión de sus conocimientos, de que sus libros son concluyentes demostraciones, no dejemos de oír al ilustre hispanófilo: «Sans doute, sa culture fut des plus étendues et sa mémoire prodigieuse. Rien de ce qui touche au domaine de l'entendement ne lui demeura étranger. Il parle avec une

compétence égale des sciences, des lettres et des arts, cite Verlaine à côté de Sénèque, Platon à côté de Maeterlink.»

«Aquí estoy —le escribía Ganivet a Nicolás María López en agosto de 1896 – continuando mi experiencia en mí mismo; peligrosilla es, pues cuando me paso dos meses o tres solo, sin hablar con nadie más que con la criada, créete que hasta se me invierte la función de los sentidos, y me parece que veo y oigo hacia adentro, y me incomunico con el mundo como si fuera ciego y sordomudo. Ya ves cómo tus tristezas, que al fin y al cabo son repartidas con todos los que te acompañan, y que además son fundadas, no son tan angustiosas como las mías, que no tienen razón externa y que me las trago yo solo. Ejerzo, pues, de Juan Palomo de la Psicología.»

Dos años y medio antes de morir, Ganivet, con quien no podía rezar la famosa frase de Ibsen: «La soledad es una fuerza», estaba tan incomunicado con los hombres, tan apartado de la vida social, que el dolor le torturaba y perturbaba, sin tener con quién explayar su corazón y compartir sus amarguras, y su situación era verdaderamente trágica: vivía condenado a comerse, a devorarse a sí mismo al devorar sus aflicciones.

Y para ver, aunque sea con hondo sentimiento, a Ganivet más avanzado en ese fúnebre camino, para verle más cerca de la desarmonía espiritual y de la muerte, leed estas líneas de otra carta que dirigió, algún tiempo después que las en parte transcritas, al Sr. López:

«El corazón se me va convirtiendo en un guijarro; pero siento como si me naciera un nuevo corazón más sutil, gaseoso, difundido por todo el cuerpo, que me trae una sensibilidad nueva, la del instinto, y un amor más grande, que se parece al que deben gozar las almas de los que murieron. Esto no da para comer, ni siquiera para vivir, pero permite irse muriendo a gusto y gozar por adelantado de las delicias de la vida espiritual. Para mí, el problema de la felicidad humana está resuelto: morirse poco a poco a fuerza de no hacerse uno caso a sí mismo, y dejar que se desparramen los fuegos del espíritu, no para remontarse con ellos demasiado alto, sino para distraerse viéndolos caer como lágrimas.»

En las fronteras de la insania y de la inexistencia terrenal, ¡con qué hermosura y prodigalidad de melodías celebra ya su entierro, el de su cuerpo, la liberación de su espíritu, de la que goza por anticipado! Como los ruiseñores cantan mejor en sus últimas horas, Ganivet es más artista según se va aproximando a su fin, jubiloso de la resolución del problema de su felicidad con la pérdida de la vida.

Moría porque no moría, como Santa Teresa, y como las del maestro Fr. Luis de León, eran sus ansias volar al cielo para poder contemplar la verdad sin mancilla, y tan vehementes fueron en él, que llegaron a perturbarle:

¿Quién la realidad penetra
del mundo? Si nada sé;
sólo sé que moriré.

¿Y a qué quieres saber más?
¿No sabes que morirás?
¿No es este saber bastante?
¿No está la verdad delante?
¡Sí! Muriendo la hallarás.

Pensador y poeta, Ganivet había explorado con su entendimiento y con su fantasía dilatadísimos espacios de las regiones de lo ideal, y se había dado cuenta de que la luz que iba descubriendo le ensanchaba cada vez más los territorios de lo desconocido y de lo incognoscible, y llegó a penetrarse de que, en tanto su alma permaneciera esclava en la cárcel de la materia, estaría condenado a las tinieblas y a la limitación, y delirante de apetitos de libertad y de claridad, se propuso deshacer los barrotes que le aprisionaban :

Desprecia ese cuerpo inerte,
que es el nido de la muerte.
Es el caos donde yace
la luz que en la muerte nace,
si has luchado..., si eres fuerte.

Por amor a la sabiduría despreció su cuerpo. El horror a las lobregueces de la que llamamos vida le resolvió a morir, para nacer a la exenta de obscuridades y trabas: a la verdadera.

Él había sido fuerte, había luchado. Vivir es gozar, sufrir, amar. Y él había amado tanto, que había llegado a verle en secreto la cara a la esfinge del amor, y a ente-

rarse de que ésta es un esqueleto y de que el amor acaba en muerte.

Había luchado produciendo hermosísimas obras de pensamiento y de pasión; pero lo más interesante de su lucha había consistido en trabajar con denuedo por su perfeccionamiento interior, en haber sido su escultor espiritual:

Ser de mi alma creador,
crear mi alma inmortal
en mi alma terrenal,
ser yo mi propio escultor
con el cincel del dolor.

¿Cómo realizar plenamente esos sueños? En este mundo, con sus angosturas, no puede ser. Y Ganivet sigue pensando en la muerte para no morir, en renunciar a la vida temporal para entrar en la perdurable.

La mayor gloria de nuestro tiempo es el afán de conocer, el hambre de divinidad que han sentido y sienten no pocos intelectos privilegiados, su pelea contra lo misterioso.

En Unamuno se manifiestan con tanto relieve estas inquietudes escrutadoras, que encarándose con lo Incomprensible, le pregunta con pertinacia, y no pudiendo descorrerle los velos, le dice en un instante de abatimiento, del que han de brotar nuevas fuerzas e interrogaciones:

Estoy cansado de luchar contigo.

En Ganivet, la aspiración a libertarse alcanza proporciones extremas:

Es que el espíritu quiere
libertarse de su escoria...
¡Un latido, una victoria!
¡El más noble, el que más hiere!
¡Y sólo triunfa el que muere!

De las Musas a la escena.

Papeles venerables.

El escultor de su alma fué estrenado en Granada, en el teatro de Isabel la Católica, el 1.° de marzo de 1899. El original de este trabajo le envió Ganivet desde Riga, en 1898, a uno de sus más íntimos amigos, a Francisco Seco de Lucena, encargándole que la representación se hiciera sin modificar el texto y que los derechos pecuniarios que le correspondiesen como autor fueran destinados a aumentar los fondos que se venían recolectando con destino a la erección de un monumento a Alonso Cano en aquella ciudad.

El estreno de *El escultor* estuvo concurridísimo y a todos los espectadores les maravilló el grandioso drama, que fué muy aplaudido. El ingenio que le concibió y escribió, ya había pasado al reino de la libertad y de la luz.

Las opiniones suscitadas por el asunto y por las tendencias de la obra en los paisanos de Ganivet no fueron concordantes. Mientras unos vieron en ella el triunfo de

la fe católica, otros la consideraron heterodoxa, y otros repararon únicamente en su valor estético y en sus condiciones teatrales.

A Seco de Lucena le debe la cultura el meritísimo servicio de haber dado a la imprenta esta joya, que a no haber sido por la iniciativa de aquel notable periodista y crítico, es muy probable que se hubiera extraviado, que hubiera corrido la desgraciada suerte que otros trabajos de Ganivet, como la mayor parte de sus poesías francesas, varios artículos análogos a los coleccionados en *Hombres del Norte,* y una comedia de costumbres andaluzas, titulada *La Çasa eterna,* a la que hicieron referencia, apenas muerto su autor, D. Rodrigo Soriano en *El Imparcial,* y Leo Rouanet en la *Revue Hispanique.*

Seco de Lucena, imprimiendo *El escultor de su alma* enalteció a Ganivet, a Granada y a la patria, y su memoria será siempre grata a los hombres pensadores y artistas.

Debieran imitarle los que guardan como de su exclusiva pertenencia poesías y cartas del solitario de Riga. Tan venerables papeles, ¿no podrían ser expropiados forzosamente por causa de utilidad pública?

Para el monumento a Alonso Cano dejó el misterioso granadino lo que le produjera *El escultor.* Van transcurridos veinte años, y el monumento no ha sido erigido. Y aunque se alegue que después se ha pensado en levantar uno que perpetúe el recuerdo de Cano, el de Martínez de la Rosa y el de Ganivet, ¿quién puede negar que

es desmedida la calma con que se procedé en rendir ese tributo de justicia y admiración a esclarecidos varones, y que contrasta dolorosamente con la velocidad con que se acostumbra a elevar estatuas a insignificantes y perniciosos politicuelos?

El rey de la Alhambra.

Por esta poesía circula el mismo espíritu que por las palabras de consuelo prodigadas por Ganivet a Agatón Tinoco cuando el desventurado managüense se hallaba próximo a la agonía en el hospital de Stuyvenberg.

El mendigo, sobre la desgracia de ser pobre, tenía las de ser ciego y mudo; pero de morir, sin que nadie lo supiera, en su escondrijo en la Alhambra, su tumba sería regia; reposaría su cuerpo en uno de los monumentos artísticos de belleza más milagrosa, y las calamidades de su vida contrastarían con la majestad del sepulcro.

¿No es heroico el vivir de un pordiosero que ni ve, ni habla, ni oye? ¿No se ha ganado el pan que le han querido dar? ¿No lo ha sudado en fuerza de extender la mano? ¿Y no se aviene la justicia ideal con que una mayestática sepultura sea la compensación de batalla tan horrorosa?

Ganivet propende a buscar y exaltar la grandiosidad de lo que acostumbramos a llamar miserable.

Y no deja de tener razón al calificarse de poeta de las ruinas.

Los grajos.

Es un soneto capaz de competir con los mejores que se han escrito en castellano. Lo dedicó a su amigo Nicolás María López, y a él se refiere, sin duda, este renombrado escritor cuando, para demostrar que Ganivet producía con lentitud, nos cuenta que en cierta ocasión hizo a su presencia un soneto que le costó grandes fatigas.

En prosa y en verso producía con dificultad. Si en pocos años escribió millares de cuartillas, tal riqueza de labor la explican su talento, su sabiduría y su esfuerzo incansable. Con dificultades producen Galdós y Valle-Inclán. Y sus libros son muy numerosos y siempre serán ensalzados. Hay algo de verdad en lo de que el genio es una larga paciencia. El entendimiento discurre con deslumbradora lucidez y el corazón experimenta divinos temblores; pero la materia es estrecha para contener a las almas, y el dolor del artista deriva de las resistencias de la forma a traducirle y diafanizarle.

Ganivet podía haber dicho, como Gœthe: «He procurado llegar adonde más allá he podido en aquellas cosas a que me sentía inclinado por mi naturaleza; he trabajado con pasión; no he perdonado medio ni esfuerzo para realizar mi obra.»

Por bien empleados pudo dar los afanes invertidos en este soneto de impecable estructura clásica, y cuyo

pensamiento, optimista en un principio, melancólico después, se va desenvolviendo hasta culminar en los versos finales.

Un bautizo.

El asunto general de esta composición y los particulares de los cuadros que la constituyen están matizados con circunstancias y caracteres propios de Granada, que es donde se celebra el bautizo.

Ganivet sospechaba tener perturbada la circunvolución cerebral en que radique el genio de las descripciones. Y en verdad estaba muy lejos de parecerse a Ceferino Sanjurjo, el médico-poeta que nos da a conocer Palacio Valdés en *La Hermana San Sulpicio*. Nada se resistía a la capacidad, y para decirlo con más exactitud, a la monomanía descriptiva de aquel gallego. Ganivet se enteraba de cuanto veía; pero en vez de describirlo, daba cuenta de las ideas que en él había suscitado lo que había visto. Carecía de imaginación palabrera. Pensador y poeta, en él se daban como fundidos y armonizados el pensamiento y el sentimiento. En *Un bautizo* luce la facultad de que cree carecer, y describe con facilidad y abundancia, pero sin chillonerías ni ampulosidades.

De las muchachas que asisten al baile con que se conmemora el acontecimiento, se apodera de nuestra compasión aquella, pálida y enferma, de ojazos negros, bri-

llantes como ascuas sobre las cenizas de su helada piel y que cantaban:

Tengo una pena muy grande
escondida en las entrañas,
porque me ha dicho un divé
que me han de enterrar con palma.

Ganivet amaba a los niños, y deseando que fueran bonitos y alegres, hacía suyo este cantar del pueblo:

Yo quiero mujeres
de caeras anchas,
que estas señoricas que hoy se están usando
no sirven pa náa.

Termina esta poesía otro cantar, el del ruiseñor que Ganivet se llevó al extranjero y al que enseñó a suspirar por Granada.

Pensamiento y ternura.

Podemos formarnos idea del contenido de algunas poesías francesas de Ganivet por las que en castellano intercaló en *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid.* Primero las escribió en francés, y se las envió como muestra a su paisano y amigo Nicolás María López, con el título de *Pensés mélancoliques et sauvages,* y más adelante las trasladó a nuestro idioma para incluirlas en aquella novela. A otras personas obsequió con poesías

en la lengua de Víctor Hugo. Muchas debió escribir, según los informes que ha tenido a bien darnos el Sr. López: «De las poesías francesas me decía él que tenía un cajón lleno, pero debieron perderse con sus demás papeles... Yo sólo poseo dos o tres... He visto algunas más, que posee su hermana D.ª Isabel.»

Ganivet dejaba traslucir en estas composiciones que le habían influído José María de Heredia y Verlaine, o que se propuso imitarlos. De Heredia habla en el *Idearium,* aludiendo al célebre soneto *Los aguiluchos,* en que el autor de *Los trofeos* intenta retratar a *los conquistadores de oro.*

Las poesías francesas de nuestro hombre serían unas filosóficas y otras sentimentales, y entre éstas habría que contar las en que, al decir de Seco de Lucena, vació «sus más íntimos desahogos pasionales en sonoros y castizos versos».

De pensamiento y de ternura fueron las castellanas, y así tenían que ser tratándose de un cerebro prodigioso y muy culto y de un delicadísimo corazón.

Y como Ganivet dominaba el francés, sus poesías en esa lengua no serían menos perfectas y refinadas en cuanto al estilo que las que nos dejó en la nuestra.

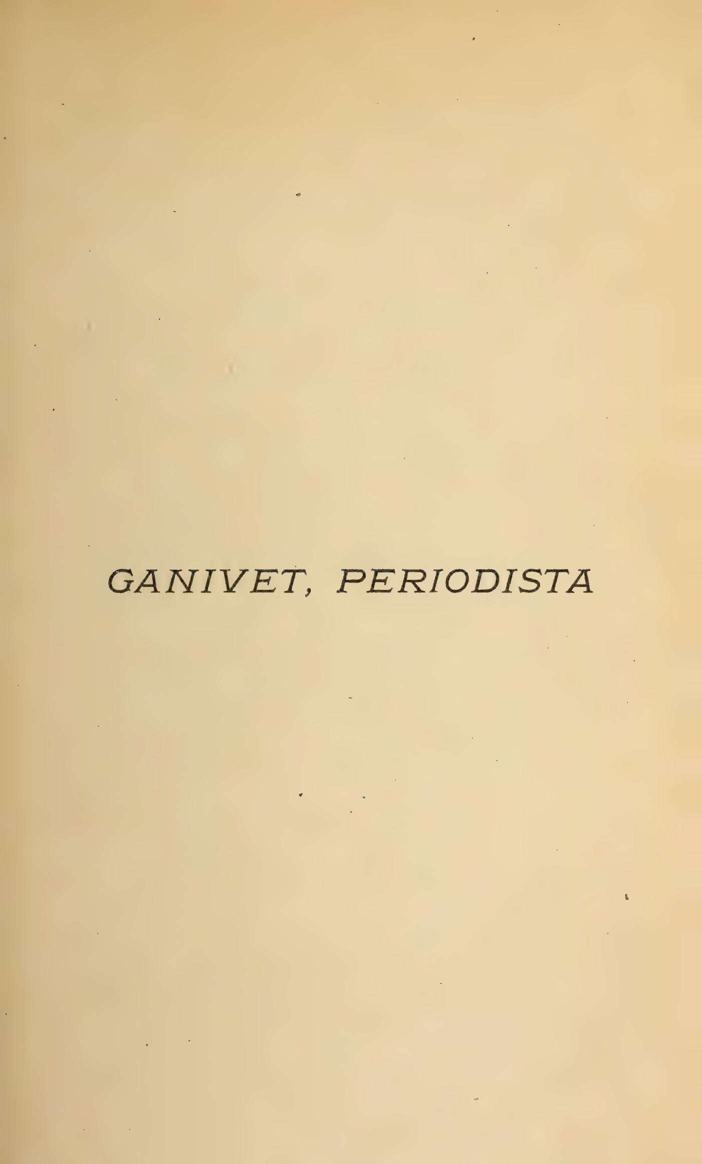
Acaso, si pudieran hallarse y coleccionarse todas, la denominación que mejor les cuadraría sería la de *Versos de un filósofo,* como a las de Guyau, otro ínclito pensador y poeta que, por cierto, murió a los treinta y tres años, como el inolvidable granadino.

La poesía de ideas es la más propia de nuestro tiempo; lo que no excluye su carácter sentimental, porque el amor es fuente de conocimiento y el corazón el más profundo de los pensadores.

***

Consecuente con sus principios sobre lo viejo y lo nuevo, nuestro poeta prefirió para sus composiciones en verso los moldes clásicos, y en ellos vació una parte de su inmenso y original espíritu, abierto a todas las orientaciones, y los cultivó, lo mismo que los modernos que fueron de su estima, como un maestro.

Aunque su obra poética es corta, es de tal calidad que hará imperecedera su fama.



GANIVET, PERIODISTA

GANIVET, PERIODISTA

Lecturas extranjeras.

En octubre de 1895 escribió Ganivet en París su primer artículo. Acababan de ver la luz en la capital de Francia dos libros que desde luego se hicieron muy famosos: *Lourdes,* de Zola, y *Jerusalén,* de Pierre Loti. Sobre ellos versan las primeras cuartillas periodísticas del genial granadino. Son una prueba, bien hermosa por cierto, del interés vivísimo que inspiraron a su insaciable curiosidad las literaturas de casi todos los pueblos de Europa.

A Ganivet, cristiano a la vieja usanza, le repugna cierta fe actual, que en vez de ser, como la antigua, creadora y constructora de monumentos en los que reflejaba la idea de eternidad, es un mercantilismo explotador, bajo las apariencias de religión, de la candidez de las almas creyentes. Los adelantos materiales atribuídos por Zola al espíritu religioso han brotado — precisamente contra ese espíritu — de la voracidad comercial que por doquiera

invade la civilización de nuestros días, de la que es bien seguro que ha de quedar la triste memoria de sus groseros apetitos.

A los que aun tienen creencias y a los que las han perdido para no poder recobrarlas, aunque las echen de menos, les duele el espectáculo de hipocresía y egoísmo que dan, imitando a los mercaderes arrojados del templo por Jesús, los seudocreyentes modernos, profanadores de lo divino.

¿Tendrá razón Ganivet, y la tendrá el autor de *Jerusalén,* al calificar de insensatos a los que afirman que la ilusión es dulce, pero es ilusión, y hay que arrancarla del corazón humano? La verdadera religión, ¿no tendrá que ser viva, escéptica, investigadora? Para ganar el cielo, ¿habrá que seguir roncando sobre los dogmas tradicionales, cortándoles las alas a los corazones y renunciando a elaborar nuevos dogmas mediante nuevas inquietudes?

Ganivet, sin dejar de ser católico de pura cepa, rectificó más adelante ese concepto estático de la religión, y en el *Idearium* pidió para España librepensadores, aun cuando fueran de alquiler, porque en presencia de nuestra ruina espiritual, «hay que arrojar aunque sea un millón de españoles a los lobos, si no queremos arrojarnos todos a los puercos».

Socialismo y música.

Aquí se encuentran ideas fundamentales de Ganivet sobre Política y Economía. Era demócrata, mas no de similor, y tenía por accidentales las formas de gobierno. De la libertad pensaba que allí donde haya un hombre verdaderamente autónomo, conservará su independencia, a pesar de todas las coacciones y de todos los reglamentos con que se pretenda anulársela o menoscabársela. A las esencias, no a las etiquetas, que pueden ser, y que muchas veces son, mentirosas, habrá que atenerse en lo relativo a la dirección de las naciones. El socialismo no es un producto de la libertad natural del hombre, sino una consecuencia del avasallamiento de esa libertad, que aspira a emanciparse, a romper las cadenas que la subyugan y envilecen. Sin independencia económica no puede haber independencia política. Y «bella es la ley de la libertad de la oferta y la demanda, pero que sólo rija entre los hombres de bien».

Cuando Ganivet cerró con tan áurea llave su segundo artículo, la indigencia sentimental y la ignorancia de la casi totalidad de nuestros políticos y de nuestros intelectuales eran manchesterianas. Las armonías sociales, tan ensalzadas por los llamados individualistas, han consistido en el bárbaro desenfreno de los instintos codiciosos. Los intervencionistas son los que de veras suspiran por la mejora de los individuos. ¿Cómo podrá

haber armonía entre los hombres, si la justicia no informa las relaciones ciudadanas? El Estado, al mezclarse en ciertos pleitos, no va contra las individualidades, sino en su favor; ejerce una función tutelar con la que las encauza y vigoriza. El Estado, al intervenir, es contra sí mismo contra quien obra, porque lo cardinal de su misión es aumentar el número de los mayores de edad para la vida pública y hacerse cada vez menos preciso.

Ganivet hace finas observaciones sobre el socialismo belga y el español, y acerca del importante papel de la música para estimular y conservar la asociación de las masas. Alguna vez las ideas del memorable pensador resultan obscuras, como cuando afirma que a los hombres no puede unirlos duraderamente una finalidad revolucionaria. Ya saben los socialistas, en Bélgica y en todas partes, y ya lo sabían en 1895 hasta los más ilusos e impacientes, que las transformaciones y los cambios por ellos anhelados no han de verificarse de súbito, sino que requieren constancia. La sociedad no puede sufrir, sino a través de muy largos procesos, mudanzas radicales; pero todos los días es posible hacer un poco de revolución.

El Arte es un excelente medio cohesivo y educador, y «el musical exige poca preparación y pocos gastos».

Los flamencos, tanto los socialistas como los no socialistas, «gustan, por instinto, de la música... El gran don musical, la aptitud para cantar en partes, se encuentra hasta en las gentes del pueblo... No hay gran ciudad

belga donde un reloj de campana colocado en la torre, no divierta durante un cuarto de hora al artesano en su taller, al burgués en su tienda, con sus extrañas armonías y sus sonoridades metálicas». (Taine, *Filosofía del Arte.)*

No menos instintivamente son partidarios de asociarse. Recuérdese a este propósito al mismo insigne crítico e historiador: «La asociación libre se establece allí y se mantiene sin esfuerzo, y desde luego la pequeña como la grande. En el siglo XVI encontramos en cada ciudad, y hasta en cada barriada, Sociedades de arcabuceros y de retóricos: se han contado más de doscientas. Aun hoy, en Bélgica florecen un sin fin de Asociaciones semejantes... Obran corporativamente, sin que nadie oprima a nadie.»

Según Ganivet *(Cartas finlandesas)*, «las cualidades esenciales del pueblo flamenco» son «el espíritu de asociación y la manía musical».

Hasta los borrachos se asocian. En una de aquellas bellísimas cartas consigna a este respecto casos curiosos vistos por él, y consideraciones de gran donosura. El día que llegó a Amberes como cónsul de España, salió, de noche, a pasear por la población, y no tardó en encontrarse con grupos de beodos que, cogidos del brazo, tarareaban el himno nacional belga. «El borracho de los Países Bajos — de todas las provincias antiguas, no sólo de las de Holanda de hoy — es corporativo y filarmónico.» Ambas tendencias, la asociativa y la musical, las consi-

dera nuestro hombre creaciones del espíritu del territorio. En los suelos quebrados, los montañeses son individualistas y agresivos, y los de la llanura son pacíficos y tan fáciles a la solidaridad, que viven «como las espigas en una haza de trigo». Y estando Flandes al nivel del mar, y aún más bajo, el exceso de presión atmosférica obliga a los flamencos a ejercitar sus pulmones, a desahogarse, soplando en instrumentos musicales de viento.

Ganivet repara, contraponiéndola a la avaricia crematística de la burguesía, en la preocupación del pueblo por el Arte. Y es que éste «es un goce, y no puede ser desterrado de donde se espera que se difunda el bienestar, y donde la vida, por consiguiente, será para todos más alegre, y las iniciativas individuales, circunscritas al orden económico y social, se dirigirán mucho más libremente a más elevados órdenes ideales». (Alejandro Chiapelli, *El Socialismo y el pensamiento moderno.)*

Arte gótico.

En Brujas escribió Ganivet sobre arte gótico. La maravillosa ciudad, que ahora llaman *la muerta,* fué muy rica para él en enseñanzas. Si la decadencia de la histórica urbe es principalmente material; si en ella se destaca con mayor brío *lo perenne entre las cosas pasajeras, lo bello*, no hay razón para calificar de muerta a la Toledo de Flandes. Lo interesante no es la civilización, los prosaicos adelantos exteriores, los ferrocarriles, el alcan-

tarillado, la luz eléctrica, las digestiones copiosas, sino el refinamiento interior, los resplandores espirituales.

A Ganivet, los libros no le habían dado conocimiento claro del goticismo. En Brujas fué donde lo adquirió. Y niega que ese arte sea obra del cristianismo. El goticismo es un arte infantil, comparable al «agua que brota del manantial y que gusta beber en el hueco de la mano». Y de sus cultivadores, a los que más admira es a los que menos se dejaron influir por el Renacimiento, a los que se conservaron más puros. Aun en esto demuestra su temperamento creador; pero su concepción artística, ¿no será angosta? ¿A qué pedir cordones sanitarios para campos que deben carecer de fronteras? ¿Es posible determinar cabal e inconfundiblemente qué sea lo propio y qué lo plagiado? En la elaboración de lo que nos parezca más nuestro, ¿no habrán intervenido, en mayor o menor proporción, ajenas influencias? ¿Estarán éstas reñidas con lo original, y tendrán forzosamente que desvirtuarlo y menoscabarlo? ¿O habrá que convenir en que la originalidad se mantiene de imitaciones? Lo esencial no puede ser que nuestro pan interior no se fabrique con harinas de diferentes procedencias, sino que lleve nuestro sello, que dominemos los influjos que recibamos. Es como si Ganivet se hubiera limitado a estudiar en libros granadinos o a lo sumo españoles, y hubiera renunciado a conocer los de otros países. Familiares le llegaron a ser millares de publicaciones extranjeras — en Amberes leyó toda la biblioteca de la ciudad –, y tanta

lectura, tanto contacto íntimo con lo exótico, no le mermó la personalidad, sino que se la robusteció poderosamente.

Cau Ferrat.

El gran pintor y escritor catalán Santiago Rusiñol y varios amigos suyos fundaron, hace ya muchos años, en Barcelona una especie de cofradía de la belleza, y la llamaron *Cau Ferrat,* algo así como madriguera de hierro — se trata de una palabra sin traducción exacta en castellano —, y lleva el mismo nombre la casa donde, en Sitges, guardaba Rusiñol sus objetos artísticos y los de sus colegas, y donde trabajaban con entusiasmo.

En este artículo se da cuenta de la labor de difusión ideal llevada a cabo por aquellos hombres, y de la heterogénea e interesantísima colección de obras reunidas en el *Cau Ferrat,* de diversas escuelas, sin exceptuar las entonces novísimas, y se elogia a Rusiñol como pintor y literato.

No se olvida Ganivet de consignar las semejanzas de este conclave con la granadina *Cofradía del Avellano,* de que él fué el alma.

Visitó el *Cau Ferrat* por su amistad con Rusiñol, por culto a la belleza y a su propagación y por cariño a Cataluña, de donde procedía por parte de su padre. Y en Sitges compuso estas cuartillas, en agosto de 1897, demostrando en ellas que en breve tiempo se habían hecho

más amplios sus principios; que ya no pensaba, como dos años atrás, cuando discurrió en Brujas sobre goticismo, que la originalidad se merme y deteriore comunicándose con lo forastero. Aunque en el *Cau Ferrat* había impresionismo, simbolismo y hasta decadentismo, Ganivet estimaba estrecho y ridículo pensar que a Rusiñol y a sus amigos les hubieran perturbado las últimas novedades de la estética parisiense. «El *Cau Ferrat* intenta dar un nuevo impulso a nuestro arte, utilizando los procedimientos de las nuevas varias tendencias que por todas partes despuntan, y apoyando los pies para hacer este esfuerzo en lo más genuinamente español: en el misticismo.»

La Pintura española juzgada en el extranjero.

En este trabajo se destacan la capacidad y la cultura artística de Ganivet, su amor a España y el desdén que sentía por la civilización materialista de nuestro tiempo.

Tal desdén aparece en diversos pasajes de la mayoría de sus obras, y cualquiera ocasión le resulta buena para ponerlo de manifiesto. En el *Idearium,* verbigracia, nos cuenta que hallándose cierto día en el Museo de Amberes se le presentó su criada con un paraguas, porque había principiado a llover después de haber salido Ganivet de casa. Inmediatamente se le ocurrió que con su imprevisión ante la posibilidad de la lluvia, había representado a la fuerza del ideal, y la criada al sentido

práctico, y que, aun agradeciendo a la muchacha su atención, como hay que agradecerles, a los que los han inventado, el teléfono, el telégrafo y otros aparatos, de nada le servían a él todas esas invenciones cuando le calentaba el alma alguna idea noble y pura.

El artículo de Whibley sobre la Pintura española le hace insistir en idéntico menosprecio. Whibley repite la frase de Dumas de que el África principia en los Pirineos, si bien quiere significar con ella la distancia a que, a su juicio, nos hallamos de la cultura europea. Es mejor que estemos lejos que no cerca de «lo que constituye la gloria de Europa», replica Ganivet, y encuentra preferible que seamos retardatarios, porque muy pronto se echa de ver que no acabamos de llegar, sino que somos viejos, que nuestro país ha sido teatro de numerosas civilizaciones. Ya está aquí el español a machamartillo. Su pasión por la patria chica, ni por la nacional, no se disminuyó, sino que se aumentó, con sus peregrinaciones por diversos y remotos países:

Yo me llevé un ruiseñor
lejos, muy lejos de España,
y a cantar de mí aprendió:
«Quiero vivir en Granada.»

Ganivet era ciudadano espiritual de todos los pueblos y de todas las patrias en que había residido. Por dondequiera que vamos se queda algo de nuestro corazón, que al prodigarse se agranda, porque cuanto más cora-

zón se da, más se tiene; al contrario de lo que ocurre con las cosas de la materia. Era ciudadano de muchas urbes y de muchas naciones; pero lo granadino y lo español, cada vez más depurados y fuertes, sobrepujaban al cosmopolitismo que le habían infundido sus andanzas y curiosidades.

Y su españolismo, aunque muy hondo, no le cegaba. En España suelen hacerse descubrimientos de que nos enteramos cuando nos los muestran investigadores extranjeros. Hemos tenido asombrosos pintores, tenemos profusión de cuadros suyos, y carecemos de una historia de nuestra Pintura.

Whibley contribuye además a dárnoslos a conocer, emitiendo atinados juicios relativos, sobre todo, a Velázquez, al Greco y a Goya. A Velázquez le pone por encima de todos los pintores del mundo; mas desbarra al no tenerle por español, a causa de su refinamiento, y al sostener que debería considerársele como holandés o italiano.

Y es que Whibley no ha penetrado en los recovecos de nuestra psicología, estudiada como por nadie por Ganivet en el *Idearium*. Al crítico inglés le ha confundido la portentosa originalidad de Velázquez, producto de su independencia, que es creación, a su vez, de nuestro territorio. Aquí de la sagaz teoría ganivetiana de que el hombre continental es defensivo; el insular, agresivo, y el peninsular, independiente.

El que Velázquez sea tan autónomo que no pertenezca

a ninguna escuela, es la mejor razón para demostrar el españolismo de su genio, porque «sólo nosotros conservamos inalterable el amor al individualismo y el odio a la organización, que son el fundamento de nuestras mayores glorias, y asimismo la causa del desorden en que vivimos, de nuestra incurable bohemia nacional».

En este artículo están ya definidas con perspicacia y acierto sobresalientes las ideas de su autor en cuanto al casticismo y al cosmopolitismo artísticos. No hay que hablar de patriotismo tratándose de arte; lo que no obsta para que los artistas deban formarse en su patria, única manera de que no destruyan ni corrompan el fondo de su carácter las influencias que sobre ellos operen.

De mi novia, la que murió.

¡El agua es como el alma de la ciudad! ¡Vigila
su sueño, y al oído
del silencio le cuenta
las leyendas que viven a pesar del olvido,
y bajo las estrellas de la noche tranquila
tiene palpitaciones de corazón herido!

(Villaespesa, *El Alcázar de las Perlas.)*

De las aguas del paraíso de los moros se han escrito cosas encantadoras, y no pocas son debidas a Ganivet, muy amante del agua, y en especial de las de Granada.

El precioso e indispensable líquido influye en las almas. Los poetas han cantado la diafanidad del Tormes, que la comunica a los hombres de letras de *la ciudad sabia.*

De tal suerte les interesa a los granadinos cuanto al agua se refiere, que todos sus sentidos se avivan hablando de ella, y por ella son pensadores sutiles.

La del Avellano era la predilecta de nuestro hombre. Para bautizar a la ilustre Cofradía que tanto hizo por la cultura de Granada, no encontró denominación como la de aquella fuente, que es con la que relaciona la melancólica historia de unos antiguos y malogrados amores.

¿Sería feo Ganivet, como lo pinta en la primera edición de *Cartas finlandesas* Nicolás María López, o sería de sugestionadora hermosura varonil, si hemos de creer a Navarro Ledesma? Lo que está fuera de duda es que las mujeres le querían, y que él sentía por ellas una ilimitada ternura y una simpatía excepcional.

De mi novia, la que murió. ¿Se tratará de una historia real, o será la síntesis de infinidad de historias semejantes? Entonces sería más real. ¡Cuántas pobres muchachas se habrán ido en lo mejor de sus años al otro mundo con el corazón abrasado por el fuego del amor y por el de las ansias maternales!

Tenía la salud muy quebrantada, e iba a tomar el agua del Avellano. Estando allí, se quedó dormida. Y soñó que la fuente no corría. ¿Se habría secado, o habrían tapado el caño? Acercóse a éste, y en verdad estaba tapado... *con una figurita de barro o de nácar, que era un niño precioso.*

Ganivet conservaba «como oro en paño» la correspondencia de su novia, la que murió, y nos obsequia y con-

mueve con fragmentos de varias cartas que, por el conocimiento que revelan de la espiritualidad femenina y por la piedad de que están llenas, son dignas de la aristocracia intelectual y sentimental de aquel hombre.

Su devoción al Avellano tuvo un origen afectivo: sus relaciones con la infeliz muchacha.

Más tarde se reunieron a la vera del caño inmortal los distinguidos cofrades del conclave fundado por el maestro, pero antes se amó allí.

Ganivet atribuye a la que fué su novia dotes poéticas y meritísimas composiciones. La que reproduce es vehemente, romántica y de formas irreprochables.

Las ruinas de Granada.

Ganivet escribió el *Idearium español*. Si se escribiera el suyo, habría que consignar entre sus pensamientos capitales la repugnancia que sentía por la civilización de nuestra época. Él era todo espíritu y amor, y no podía menos de entristecerse y exasperarse por la escasez de lo único que ha de redimir a los hombres. La limpieza y finura de las almas es lo que debe preocuparnos.

Llevamos veinte siglos de cristianismo, pero su esencia, su virtud, casi no ha trascendido a la conducta, pues en ella, que es donde se necesita su imperio, apenas se le encuentra por ninguna parte. Una de las manifestaciones de nuestra pobreza de idealidad es el afán de ir de prisa; como si yendo despacio no pudiera llegarse a

idénticos sitios a que se llega caminando vertiginosamente. A unos cuantos kilómetros de ferrocarril se les concede más importancia que a las obras de arte. Menos mal que hay inventos que favorecen la difusión de los principios combatidos y menospreciados por los enemigos de la Metafísica y de la fe. La propiedad está constituída estratégicamente, no de conformidad con la justicia, y tan inicua organización ha de venirse abajo, como se derruyeron otras organizaciones brutales. ¿Y el fabrilismo utilitarista? Ganivet lo anatematiza elogiando a San Crispín, «quien no trabajó nunca en ninguna fábrica, ni hubiera llegado a santo si hubiera sido fabricante».

Nuestro autor reincide frecuentemente en las condenaciones del egoísmo contemporáneo. En *Las ruinas de Granada* están acaso las más severas que le mereció, aunque expresadas con poética galanura.

Han transcurrido varias centurias. Nuestras actualidades pasaron a la Historia, y algunas a la Paleontología. Tremendas conmociones geológicas se han tragado ciudades enteras. A Granada la sepultó, sin previo aviso, un originalísimo terremoto.

Un sabio y un poeta hacen un viaje aéreo para ver los despojos de aquella población, que tan hermosa y deliciosa había sido. Al sabio le impulsan a ir allá motivos arqueológicos, consideraciones científicas. Al poeta, fantasías vagas, evocaciones artísticas, ensueños mágicos. Es el poeta de lo ruinoso, y donde más belleza encuentra es en la muerte, océano de la vida.

El arqueólogo descubre unas momias petrificadas e intactas, y se las muestra al vate. Representan cuatro tipos del hombre de los siglos XIX al XXIII. Corresponden al *homo* de la *edad metálica* y *cinemática,* sensual, abúlico, desaprensivo, corredor y con la boca más grande que los ojos. La conclusión que se deduce de tan mezquinos caracteres es que fué providencial la sísmica hecatombe que enterró a Granada.

El humorismo pesimista de Ganivet alcanza en estas páginas morbosos extremos.

Quizás tenga que preceder, en la evolución de la Historia, el empacho materialista al predominio de lo ideal. Así requiere a pensarlo la presente guerra, precursora de ricas espiritualidades.

Al poeta de las ruinas le sugieren las de Granada soberanas canciones. Reparad en cómo termina la segunda:

Si muerte y vida son sueño,
si todo en el mundo sueña,
yo doy mi vida de hombre
por soñar muerto en la piedra.

A Ganivet le seducía la muerte. Si fuera posible, sería de excepcional interés el estudio del proceso psicológico a cuyo término se desprendió de la existencia terrena.

En lo mejor de sus años, a los treinta y tres, que es cuando sucumben los predilectos del Cielo, dió su vida de hombre por soñar muerto... en las aguas del Duina.

El alma de las calles.

En uno de sus libros nos dejó Ganivet buena parte de sus luminosas ideas sobre un arte que se propone el engalanamiento «de las ciudades por medio de la vida bella, culta y noble de los seres que las habitan».

El alma de las calles es como un complemento de aquella obra. Se refiere principalmente a las de Granada, y las apreciaciones estéticas que en él se formulan convencen y cautivan por su agudeza y primor.

Hay calles con alma, y lo que en unas encaja bien, en otras puede ser discordante. Cuando carecen de ella, dicen a voces que no la tienen.

El sentimiento artístico influye en la formación del espíritu local. Sin el carácter que les infunden ciertos monumentos convenientemente situados, vías largas y espaciosas, aun de ciudades de primer orden, serían como carreteras y no suscitarían admiración.

Tan habladoras son las calles, que no reparan en proclamar lo que les estaría mejor. La Plaza de la Mariana, en Granada, está pidiendo un día de las flores, una feria semanal y matinal con destino a las mujeres.

A Ganivet le preocupa dolorosamente que las granadinas sean en extremo caseras. Si son refractarias a que se las vea, ¿cómo van a enamorar a los hombres? La vida es menos agradable cuando la mujer se recluye. Y el número de matrimonios decrece a consecuencia de la incomunicación social de ambos sexos.

Las ideas de Ganivet sobre el femenino se desarrollan en *Cartas finlandesas*. En los capítulos VIII, IX y X, que se titulan, respectivamente, «Diversos estados de la mujer: solteras, casadas, viudas y divorciadas»; «Esbozo crítico, un tanto benévolo, de las cualidades estéticas de las mujeres de Finlandia», e «Ideas que los finlandeses o, por mejor decir, las finlandesas tienen acerca de España», nuestro autor se extiende en disquisiciones graciosas, relativas a materia tan atrayente, de la que también se ocupa con amplitud en el capítulo XII de *Granada la bella*.

A las mujeres de Finlandia las juzga de masculinizadas en cuanto a su físico y a su instrucción.

El feminismo de Ganivet es templado. «Muy bello sería — dice — que la mujer, sin abandonar sus naturales funciones, se instruyera con discreción; pero si ha de instruirse con miras emancipadoras o revolucionarias, es preferible que no salga de la cocina.»

Nada tiene de particular que discurriera así quien creía que las mujeres son las que mandan; que, a semejanza de los gatos, han resuelto el problema de vivir sin trabajar; que les han soltado el mochuelo de las obligaciones a los hombres; que éstos son los que obedecen, los esclavos, las víctimas, y que lo demás son conversaciones de puerta de tierra.

«La mujer — añade — tiene un solo camino para superar al hombre: ser cada día más mujer.» «Las más hermosas serán las más femeninas.»

¿Es que se opone a su feminidad y a su hermosura el que pretendan ciertos derechos? Si los hombres no se los concedemos de grado, están obligadas a ser revolucionarias. Lo discreto no ha de consistir en educarlas para que sigan sometidas a nuestro egoísmo. Para adquirir la plenitud de su condición de mujeres es para lo que deben revolucionarse.

Ganivet no quisiera verlas en andanzas políticas. Desearía que se casaran, que no se consumieran «en la tristeza de los amores imaginarios».

Para facilitarles la boda es para lo que pide un día de las flores, una feria matinal y semanal en la Plaza de la Mariana.

Unas mujeres resultan más guapas de noche, y otras de día. Cuando todas están insuperables e imponderables es de recién levantadas, vestidas con negligencia, sin acicalamiento y estudio. Si a esto se agregan los andares de las granadinas, su *meneo*, que tiene fama universal, es bien seguro que de los hombres casaderos que fueran a la feria, que serían muchísimos, el que más y el que menos caería en las redes de Cupido.

¡Qué piadoso Ganivet cuando pide, *para las niñas que no se casan, una limosna de flores y de amor!*

Y no quisiera verlas únicamente en la feria matinal de la Plaza de la Mariana. Lo que a él le gusta y le interesa es que «las mujeres se muestren, bullan por las tiendas y por toda la ciudad, sirviendo de contrapeso al hombre, y contribuyan a formar la vida íntegramente humana, tan

diferente de la vida de cuartel, para hombres solos, que nosotros, sin percibirlo, arrastramos». *(Granada la bella,* capítulo XII.)

Trogloditas.

Hizo ya veintisiete años que se conocieron en Madrid, con ocasión de hacer oposiciones a cátedras de Griego, Ganivet y Unamuno. El segundo le charlaba por los codos al primero, y le pintaba ranas con extraordinaria perfección en las mesas de los cafés, y Ganivet casi no hablaba por aquella época; mas le dijo a Unamuno tales cosas acerca de los gitanos de Granada, que el ex rector de la Universidad salmantina, cuando recibió el *Idearium,* «alta roca a cuya cima orean vientos puros, destacándose del pantano de nuestra actual literatura», no pudo menos de exclamar: «Torpe de mí, que no le conocí entonces...; éste, éste es aquel que tales cosas me dijo de los gitanos una tarde, en el café, en libre charla.»

En *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* nos las dijo a todos, y vuelve sobre ellas en el artículo *Trogloditas.*

¿Para qué fundar en la ciudad del Darro, como quería el paleontólogo D. Juan de Villavieja, una sociedad de excavaciones profundas? Habiendo en Granada trogloditas auténticos, pudiendo hacerse allí investigaciones de Prehistoria contemporánea, ¡buena gana de gastarse

los cuartos en azadones y picos, de sudar el quilo ni de molestar a la madre Tierra!

Ganivet, describiendo las cuevas en que habita la gitanería de Granada, llama al fuego de la fragua *el alumbrado primitivo;* al fuelle, *el espíritu del hogar,* y al yunque, *el piano prehistórico.*

¡Qué preciosa y vehemente la canción del amor y del hierro, que tocan los acompasados golpes de los martillos!:

Fragua, yunqué y martillo
rompen los metales.
El juramento que yo a ti te he hecho
no lo rompe nadie.

Los españoles debiéramos ser optimistas; la Providencia, si bien nos fijamos en ello, nos ha tenido de su mano y nos ha patrocinado y distinguido. Si en otras partes no apareció el hombre hasta la época cuaternaria, ya había surgido aquí antes. Nuestros trogloditas son los más antiguos. Y los más modernos, porque no se nos han acabado; poseemos ejemplares vivos del hombre terciario.

Las cuevas en que mora la gitanería granadina le hacen prorrumpir a Ganivet en conceptos de una magnificencia que demuestra el derecho con que figura entre los pensadores mas eminentes.

¿No seremos todos trogloditas intelectuales, que vivimos en la cueva de nuestro cerebro? Creemos que la realidad exterior es como a nosotros se nos imagina desde

dentro de nuestra guarida. Bien puede ser así..., o de otro modo.

Y topos, amigos de la obscuridad, los hay en todos los rangos, aun los más encumbrados. Unamuno ha puesto de moda el término troglodita aplicándolo a los que reniegan de la luz de la democracia y de la justicia y desean para la Humanidad los rumbos que se esfuerzan por imprimirle los Imperios centrales.

Los subterráneos son muy fecundos en sugestiones. La procesión de San Cecilio, que se celebra en el Sacro Monte, le hace pensar a Ganivet en las catacumbas y en que todavía hay escondidas muchas ideas merecedoras del triunfo.

Cuando D. Juan de Villavieja se deshacía en elogios de la trascendencia de las exploraciones paleontológicas, recibió una pedrada en el sombrero.

«Recoja usted esa peladilla para sus colecciones», le dijo Ganivet, a quien no podían convencerle como historiadores los que pretenden conocer y enseñar el pasado prescindiendo de lo vivo, no resucitando lo muerto y limitándose a desenterrar osamentas.

Una derrota de los greñudos.

Ganivet nos cuenta la pelea sostenida, siendo él muchacho, entre los mozalbetes de dos barrios de Granada: el de San Cecilio y el de las Angustias.

El relato está hecho con tal lujo de pormenores y de

reflexiones de alto vuelo, que no los han derrochado con más abundancia ni con más tino los que nos han referido las grandes batallas que han transformado la manera de ser de la Humanidad y constituído jalones en el proceso de la civilización.

Las pugnas locales nos ayudan a conocer las que surgen entre las naciones, y corroboran que hay que principiar por el estudio de la historia de un lugar para comprender la universal.

En estas páginas nos descubre su autor su filosofía de la guerra. Sostiene que las causas de los conflictos belicosos, cuanto éstos son de broma, son tan manifiestas que a nadie se le ocultan, y que no sucede lo mismo cuando son de verdad. Entonces cada una de las partes beligerantes se imagina estar en lo firme, y todas dirigen invocaciones a la Divinidad para que las ayude a salir victoriosas. Así lo hemos podido comprobar como nunca, en la tragedia que ahora abrasa al mundo. Ni uno solo de los pueblos contendientes se ha reconocido culpable de haberla provocado, ni ha dejado de implorar el auxilio de Dios; lo que demuestra que todos creen en Dios y que vivimos en la edad del desenfreno de la osadía.

Ganivet era natural del barrio de las Angustias y vivía en el de San Cecilio. ¿Debió declararse neutral? Comprendiendo que la razón estaba de parte de los de San Cecilio, se alistó en el bando de éstos, en el de los *greñudos*.

¿Hasta dónde puede obligarnos lo que se acostumbra a llamar patriotismo? ¿No hay una patria moral, de la que ante todo y sobre todo debemos ser ciudadanos? Si el país en que hemos nacido sostiene guerras injustas, ¿tendremos que ser, a pesar de todo, defensores de la iniquidad? ¿No ha de sernos lícito pasarnos con armas y bagajes al campo contrario? ¿Tendremos siquiera derecho a la neutralidad, a permanecer impasibles ante las arbitrarias acometidas de nuestros compatriotas?

Ganivet diserta magistralmente sobre psicología infantil al ocuparse de la tendencia innata de los niños a la libertad de movimientos. Los pequeñuelos ataviados con elegancia o esmero envidian a los que, a cambio de ir mal trajeados, «disfrutan del derecho de tirarse por los suelos, y romperse, no ya la escasa ropa, sino hasta el pellejo, si les viene en ganas».

Él despreciaba los aderezos indumentarios. Era tan amigo de lo natural, que cuando tenía que ponerse «la camisa almidonada y tiesa», no podía menos de recordar aquellos versos de Bartrina:

¿Qué escándalo ha precedido
a la invención del vestido?

Habiendo obtenido el número 1 en las oposiciones a la carrera consular, se presentó, en el Ministerio de Estado, al jefe del Negociado correspondiente. «¿Querrán ustedes creer — salió después gritando el diplomático por las dependencias y despachos contiguos al suyo —

que ha venido a verme el número 1 de las últimas oposiciones a cónsules, y que se me han caído los palos del sombrajo ante su facha? ¡Vaya una ropa que estila! ¡Será posible que un Cuerpo tan distinguido como el consular haya llegado a semejante decadencia?»

En efecto, vestía un traje que acababa de comprar en «El Águila», y que, sobre no tener un corte irreprochable, se había mojado y estaba arrugadísimo.

El objeto de Ganivet en esta visita fué enterarse del punto a que se le destinaba. Y cambió con su superior *jerárquico* las palabras indispensables. Al ir a verle por segunda vez, tuvo ocasión de explayarse respondiendo a preguntas del jefe, quien, asombrado de su capacidad y conocimientos, se apresuró a recorrer, en cuanto el granadino se fué a la calle, las oficinas donde días atrás había hablado mal de él, para rectificarse, proclamando que el nuevo cónsul del número 1 tenía derecho, por su talento y por su ciencia, a presentarse, en el Ministerio de Estado y en todas partes, con los indumentos más estrambóticos.

Ganivet nos informa de su enemiga al impuesto de Consumos. Tanto le repugnaba, que si viviese llamaría farsantes a los que se envanecen de haber suprimido contribución tan oprobiosa.

Su devoción a lo típico le hace hablar nuevamente de los gitanos, cuyas «miserables fraguas» estima preferibles a las modernas fundiciones que las han reemplazado. Sus razonamientos en este punto son pintorescos:

cuanto más velozmente se trabaje, más pronto se quedará el obrero sin ocupación; las piezas pequeñas de la antigua industria se fabricaban sin romper los tímpanos, como los rompen las estruendosas máquinas.

Sorprenden por su ingeniosidad los elogios que tributa a la *Tobala,* a la que «nadie le llega... cuando se trata de cortar un higo chumbo en tres golpes, certeros como los de un consumado maestro de Anatomía», y las relaciones que, ensalzando al *Tobalo,* percibe entre la basura y la diplomacia.

***

Todos estos artículos vieron la luz en *El Defensor de Granada.* Con ellos sobraría para acreditar a Ganivet de periodista egregio y para reivindicar a los periódicos de las censuras de los cretinos que los califican de vehículos de ignorancia y frivolidades. Hoy es la Prensa el máximo instrumento de difusión cultural. Aun casi todo lo mejor que se publica en libros aparece primero en sus volanderas hojas. Hombres ilustres hay que cultivan el periodismo. Unamuno, *Azorín,* Pío Baroja, Manuel Bueno, Mariano de Cavia y otros acuden a él con frecuencia, y lo tienen a mucha honra. Una buena parte de la obra de Ganivet empezó por ser periodística. Antes de ser coleccionados en volúmenes, inmortalizaron las columnas de *El Defensor* los trabajos que forman *Granada la bella, Cartas finlandesas, Hombres del Norte* y *El por-*

venir de España. Fué el único periódico en que escribió Ganivet, quien nunca quiso aceptar las colaboraciones que le pidieron reiteradamente para importantísimos diarios. Él había de escribir siempre para su Granada. Era su centro espiritual. Habiendo peregrinado por tantas tierras lejanas, no se olvidó de su pueblo natal, y aunque no tardaran en ser para la Humanidad y la Eternidad, pensando en él compuso sus artículos, sus libros y sus poesías conocidas aquella alma privilegiada.

Con *Cartas finlandesas* abre en *El Defensor* un curso gratuito acerca de la vida de Finlandia, para enterar a sus paisanos de cómo es, y para responder a las insistentes preguntas que sobre ella se le habían dirigido.

El curso lo tuvo abierto desde que hizo en París su primer artículo, *Lecturas extranjeras,* hasta que murió, en Riga, a fines de 1898.

¿Qué catedrático podrá vanagloriarse de haber dado lecciones como las administradas por el insigne granadino?

Y no las cobraba. Creía que ya se las pagaba el Estado con el sueldo de cónsul, y que si no las diera faltaría a sus deberes. Además, ¿para qué quería el cerebro, los avíos de pensar? ¿Iba a dar lugar a que se le enmoheciesen?

Con idéntica generosidad pensó y obró en cuanto a la propiedad de sus escritos: «Yo no he aceptado nunca como cosa legítima la propiedad intelectual; hasta tengo mis dudas acerca de la propiedad de las ideas. El fruto

nace de la flor, pero no es de la flor: es del árbol. El hombre es como una eflorescencia de la especie, y sus ideas no son suyas, sino de la especie, que las nutre y las conserva. Pero aun aceptada la propiedad teórica de las ideas, hay mucho camino que recorrer antes de llegar a la propiedad práctica de la obra intelectual; hay que ver si se opone a la naturaleza íntima de las ideas y al papel que éstas han de desempeñar en el mundo.» *(Idearium español,* págs. 119-120.)

Para que los trabajos periodísticos insertos en este volumen no dejen de representar el suyo, los hemos buscado y recopilado, y hemos resuelto publicarlos con las poesías que les anteceden.

Se trata de un opulentísimo tesoro intelectual y literario, y estamos seguros de que contribuyendo a que sea conocido honramos la memoria de Ganivet y le prestamos un buen servicio a la cultura.

MODESTO PÉREZ.

Madrid, julio de 1918.

ÍNDICE

GANIVET, POETA

GANIVET, PERIODISTA

